

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS —
SERIE ★ ALFA

EXTRAÑOS *en*

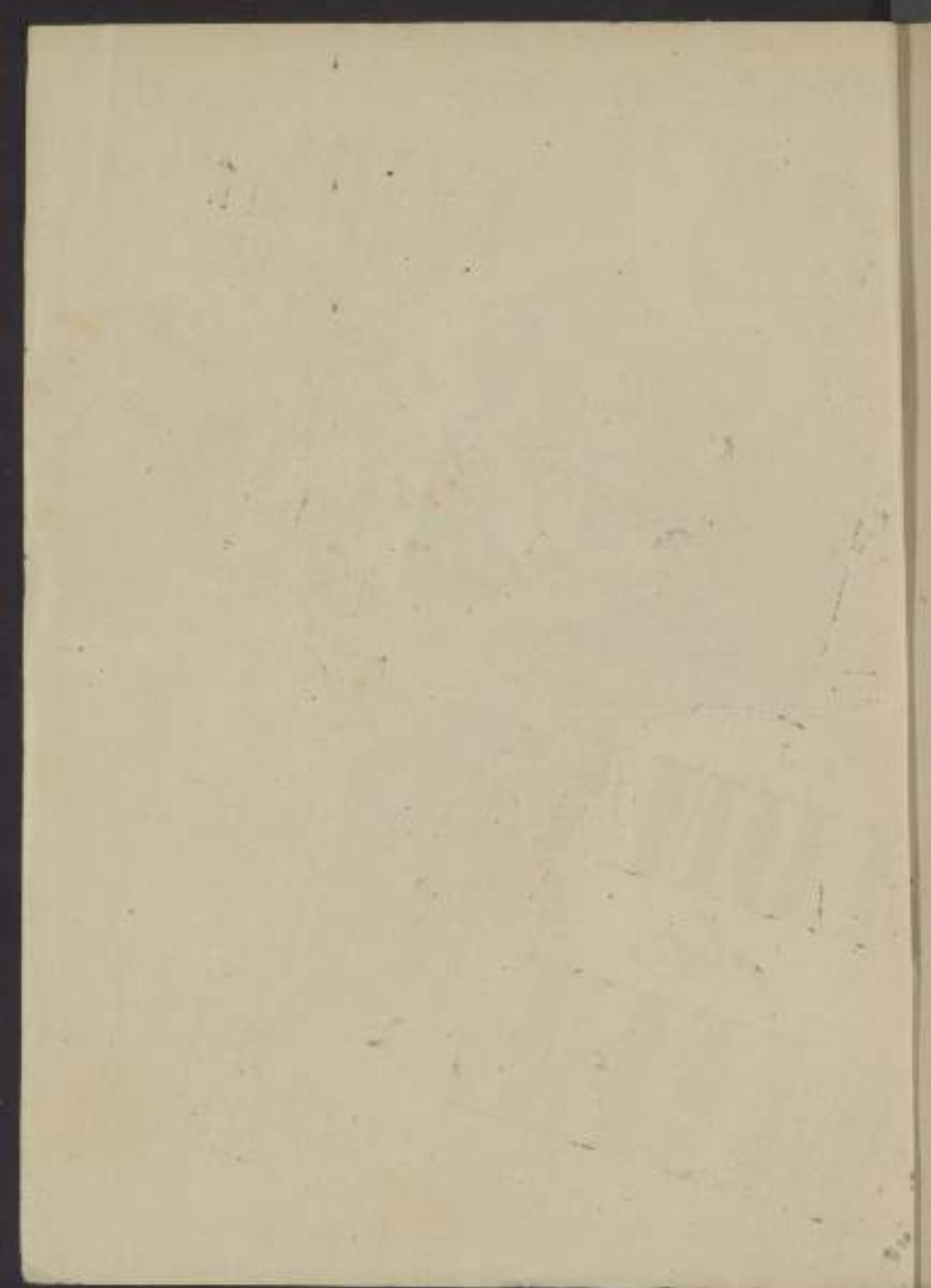


Editorial **ALFA**

LUNA *de* MIEL



Noah HUGHES
BERRY
SINCLAIR





EXTRAÑOS EN
LUNA DE MIEL

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL, - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 76657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 334 - Apartado Correos 707 - Telé. 70557 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbosa, 16, Barcelona-Tereta, 17, Madrid

EDITORIAL
"ALFA"



AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE  ALFA

NUM. 49

NUM. 311

EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL

Reducción cinematográfica de la novela
The Northing Tramp, original de
Edgar Wallace

EL genio novelístico en el género de EDGAR WALLACE se nos muestra una vez más con toda esplendidez en esta ocasión, en la que los enigmáticos personajes que aparecen en las primeras escenas se desvanecen hasta dejar paso a una trama perfecta, como todas las obras del gran escritor británico.

Presentada en España por

EXCLUSIVAS **Excelsa, S. A.**
CINEMATOGRAFICAS

Aragón, 271, entr. BARCELONA Teléfono 82441

INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>October</i>	OCTOBER JONES
<i>Quigley (El vagabundo)</i> .	Hugh Sinclair
<i>Barbarroja</i>	Noah Beery
<i>Elfreda</i>	Beatrix Lehmann
<i>Lennie</i>	David Burns
<i>Sam Wasser</i>	Butler Hixson
<i>Novio</i>	James Arnold
<i>Novia</i>	Anne Tucker MacGuire

Dirección:
Albert de Courville

Adaptación:
Jullán Houston

Guión:
Bryan Wallace
y
Sidney Gilliat

Narración literaria de
Adolfo Nieto Galán

EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

BODA CONCERTADA

POR una de las calles del pueblecito de Cedar Ridge pasaban conversando el banquero Wasser y su hijo Sam. La conversación que tan animadamente sostenían padre e hijo, mientras se dirigían a la tienda de Elmer, se refería a la petición de matrimonio que Sam le había hecho a October Jones, sobrina del tendero; y a la cual no accedió la muchacha.

—Ahora dime exactamente lo que te contestó—le preguntó el padre.

—Dijo que jamás se casaría conmigo, aunque fuera el último hombre sobre la tierra—contestó Sam.

—Pues escúchame, Sam. Ni October Jones, ni mujer alguna, despreció un hijo mío—exclamó el padre.

Mientras tanto, en la tienda de Elmer, su sobrina October, toda cargada de paquetes, escuchaba las órdenes que le daba su tío, quien no la dejaba parar un minuto.

—October, En cuanto hayas servido todos esos encargos te quitas el polvo a esta fruta—exclamó su tío—. Estas patatas hay que sacarlas de aquí; abres con cuidado esta caja de galletas y luego ven aquí y te dire lo que hay que hacer.

Salió la muchacha para hacer todo cuanto le había ordenado su tío, y en aquel momento se encontraron en la puerta un granjero que salía de la tienda y el banquero Wasser que entraba.

—Señor Wasser—dijo el granjero—, ¿le interesa la compra de cien cerdos?

A lo que el banquero le contestó que no, que los vendía muy caros.

—Son magníficos y a buen precio, señor Wasser—dijo el granjero;—yo creo que debería usted verlos.

—De acuerdo—contestó el banquero—, los verá el martes.

—Buenos días, señor Wasser—dijo Elmer, al ver entrar al mismo, y saliéndole al encuentro—: Dígame lo que desea, señor Wasser.

—Elmer, he venido a hablar con usted acerca de su sobrina October—contestó el banquero.

—¿Qué es lo que sucede?

—Nada—contestó Wasser—: mi hijo le ha pedido relaciones.

A lo que contestó Elmer, lleno de júbilo:

—¡Encantado!, es una distinción inmerecida.

—Escúchame, Elmer—dijo Wasser—: sin cumplimientos; se lo merece, Sam se ha declarado a October, pero ella ha dicho que no.

—¿Que le ha dicho que no? ¿Por qué?—preguntó, lleno de sorpresa, Elmer.

—Oh, ya me figuro que no lo dijo en serio—contestó el banquero—, porque en otro caso se exponería a que me hubiera ofendido.

—Pues colobro que no sea así, señor Wasser—dijo Elmer—. October siempre tuvo la cabeza vacía.

A lo que contestó Wasser:

—¿Ya lo sé! Dígame usted a October que no necesita fingir ni mariposarse, que yo apruebo el casamiento.

—Usted nos honra. Ya no sé cómo agradecersele, señor Wasser—exclamó el tendero.

—Podrán casarse en seguida—contestó Wasser—; esta ocasión es magnífica para usted y para October. Quiero que se casen cuanto antes.

—Tan pronto como le parezca, señor Wasser—dijo Elmer.

—Entonces, quedemos para el martes.

—¿El martes?—preguntó Elmer. A lo que Wasser contestó:

—No, el martes no podrá ser porque he de comprar unos cerdos. Mejor será el miércoles.

—Bueno, pues el miércoles—dijo Elmer—. Entendido.

—Sí, el miércoles a las siete y media; ya lo sabe—confirmó el banquero.

—De acuerdo. Y en cuanto a ella, confíe usted, tranquilo, en mí—contestó Elmer.

Mientras tanto, en la calle esperaba Sam el resultado de la entrevista de su padre con el tendero Elmer, acompañado de dos amigos suyos, con los que siempre andaba de juerga.

—Y no lo olvides, Sam: si se celebra la boda, correremos una juerga antes de la ceremonia—le dijo uno de ellos.

—Si, menuda juerga vamos a armar—contestó el otro.

A lo que Sam, asintiendo, contestó, viendo que su padre salía de la tienda:

—¡Cuidado, el viejo!

—Hasta luego, Sam—contestaron los amigos, marchándose a toda prisa.

—¿Qué tal la visita?—preguntó Sam tan pronto se le reunió su padre.

—Tú no te preocupes—le contestó Wasser—, todo está arreglado.

UN ENCUENTRO INESPERADO

PASEABA la muchacha por la carretera, cuando se le acercó Sam el cual, llamándola, le dijo:

—¡October! Oye, October, aguárda un momento.

Y la muchacha hacía como si no oyera la llamada, y seguía su paseo.

—¡Oye, October! ¿No oyes que te estoy llamando?

—Anda, besame, tonta—dijo el muchacho, acercándosele.

—¡Estate quieto!—contestó October—No me molestes, Sam, y vete de paseo.

—¿Qué te pasa?—preguntó Sam.—Hoy deberías sentirte la mujer más feliz del mundo.

—¿Feliz?—contestó la muchacha—Me siento tan feliz que soy

capaz de estarme todo el día en el campo cogiendo mariposas.

—Pues si hoy hemos de contraer matrimonio, ándate con cuidado—replicó Sam.

—No acierto a encontrar nada más emocionante que ser cortejada por ti—contestó la muchacha, en actitud despectiva.

—En el pueblo no eres tú la única chica, y en cambio yo soy hijo único del banquero Wasser—dijo Sam, atrayendo a la muchacha hacia sí con el fin de besarla.

—¡Ay, Sam! No seas tan pegajoso. ¡Déjame!—contestó October, soltándose del abrazo en que pretendía estrecharla su novio.

Mientras la pareja departía en mitad de la carretera, en otro lugar

más apartado, y frente a un depósito de gasolina, se paró un coche, ocupado por dos malcantes llamados Lenny y Barbarroja, los cuales tenían el encargo de quitar de en medio a un individuo que andaba por aquellos caminos y al cual estorbaba para los planes de cierta dama a la cual estaban vendidos.

—Llénanse el depósito a escape —le dijo Lenny al dependiente, al que preguntó seguidamente:

—¿No ha visto un vagabundo por aquí?

—¿Mendigo? —contestó el dependiente—. No, no he visto ninguno por los alrededores.

Una vez repuestos de gasolina, los dos compinches reemprendieron la marcha, y al ver a poca distancia un auto que se les acercaba, dijo Lenny:

—La jefe viene ahora.

Bajaron del coche y se acercaron al que venía en dirección contraria a ellos, en el que iba una mujer, la cual les preguntó al tenerlos delante:

—¿Le habéis visto?

—No, pero hay un rastro que le denuncia —contestó Barbarroja.

—Se dirige a un pueblecito de por aquí, llamado Cedar Ridge —acclaró Lenny.

—Nos veremos allí, y espero que no vengáis con excusas, ¿entendido?

—ordenó Elfreda, que éste era el nombre de la dama—. Ya sabéis lo que tenéis que conseguir y qué medios hay que emplear. Eso es todo —terminó diciendo la dama, marchándose.

Mientras tanto, la pareja seguía su interesante coloquio, y acercándoseles el coche ocupado por los dos compinches, les preguntaron:

—¿Han visto por casualidad a un vagabundo por aquí?

—¿Vagabundo? —dijo Sam—. ¿Un tipo sin afeitar y con un traje destrozado?

—Sí, ése es.

—¡Sí, ya lo creo que le vi! Andando iba por la carretera.

—¿Y hace mucho? —preguntó Barbarroja.

—Pues... el circo ecuestre estuvo aquí en mayo, y como esto que le digo fué mucho antes, hará tres meses o cosa así —dijo Sam en tono zumbón.

—¿Este nos toma el pelo o es idiota? —preguntó Lenny.

—Idiota —contestó la muchacha.

—Señorita, le ha salvado usted de una paliza —le dijo Lenny, al mismo tiempo que ponía el coche en marcha y se alejaba de aquellos lugares en busca del vagabundo en cuestión.

—¿Oíste lo que ha dicho? —le preguntó Sam a la chica.

—Sí, ¿Y tú?—contestó October, apartándose de su novio.

—¿Eh? ¿October!—le gritó Sam, yendo detrás de ella—. Un pájaro azul. ¡Ah!, sin remilgos; si sé que te gusta.

—Tanto como si hubiese comido una docena de ostras podridas—le contestó ella.

—Entonces, ¿por qué accedes a casarte conmigo?—le preguntó Sam al ver la actitud de la chica.

—¡Porque me es indiferente cualquier marido!—dijo October—. Me casaría con cualquier vagabundo, igual que contigo.

—Lo que tú quieres es darte importancia. Pero no lograrás que yo ande de cabeza. ¡October!—dijo Sam, agarrando a la muchacha.

—¡Oh! ¡Sam, suelta!—exclamó la chica.

—Pero ¿qué te propones conmigo?—preguntó, extrañado, el hijo del banquero.

En aquel instante se les acercó el coche en el que iba Elfreda y el chófer, parando el vehículo, preguntó:

—Por favor, ¿voy por buen camino para ir a Cedar Ridge?

—Sí, señor, ya lo creo. Siga usted recto hasta llegar al final de esta carretera, y allí tire por la de la izquierda. Enfrente encontrará un granero, pero no haga caso; tuerza

por el camino de la izquierda y luego a la derecha. ¿Me ha entendido?—dijo Sam.

—Me parece que sí—dijo el chófer, no muy convencido.

—No creo que lo haya entendido bien—intervino la muchacha, que vió el modo de deshacerse de su novio—. Será mejor que lo acompañes. De todos modos has de ir al pueblo.

—¡Oh!, pero antes quiero...—replicó Sam.

—No se moleste—dijo el chófer.

—Eso no es ninguna molestia, ¿verdad, Sam? Claro que no. Anda, sube—dijo October al mismo tiempo que abría la puertecita del coche con el fin de que su novio subiera en él—. Ya verá qué bien conoce el camino.

—¡Ya verás tú!—le amenazó Sam.

Y el chófer, dirigiéndose a October, le dió las gracias.

—¡Adiós!—dijo la muchacha—. ¡Ah, si pudiera transportarlo hasta Siam!

Y oyó a sus espaldas una voz que le respondía:

—Siam no es lo bastante lejos, ¿no le parece?

—¿Me habla usted a mí?—preguntó October, buscando a ver de dónde salía la voz que a ella se dirigía.

—¿Le molesta?

—No... ¿Tiene usted ahí alojamiento? —preguntó dirigiéndose a un matorral que tenía a sus espaldas.

—Sí, pero lo voy a dejar en seguida. Creo que estoy rodeado de plantas venenosas. Oiga, ¿quiere una manzana? —le preguntó la voz.

—Gracias—contestó October, cogiendo la que por entre los matorrales le entregaba el desconocido.

—Las robo yo mismo.

—¡Ah, qué buena! —dijo October, mientras mordía el sabroso fruto.

—¿Sebe que no es nada confortable este albergue? ¿No le molestará que salga? —le preguntó la voz al mismo tiempo que se abría paso entre los matorrales un muchacho alto, pero trajeado con una americana rota, y sin afeitar.

—¿Quién es usted? —preguntó October toda asustada, al ver la facha del individuo.

—¿La he asustado? —preguntó el vagabundo.

—La verdad es que me ha causado un poco de sorpresa—contestó la chica.

—Soy una víctima de mi sastre, ¿entiende? Ya dije que esta tela se rompería—dijo el vagabundo, alegremente.

—El acento de usted no es del país—le dijo October.

—No; vengo andando desde muy lejos—le contestó el simpático vagabundo.

—¿Es usted el vagabundo que andaban buscando esos hombres? —le preguntó October.

—Sí, soy el mismo, señora... Aunque le advierto que, de momento, prefiero guardar en secreto mi personalidad—le contestó el vagabundo— ¿Quiere usted sentarse? Sólo un momento. Tiene usted un nombre extraño.

—Ridículo y muy raro—dijo la chica, mientras se sentaba al lado del vagabundo.

—¿Nació usted en octubre?

—No, en enero—contestó October.

—Pues la verdad es que eso no tiene mucho sentido—le dijo el vagabundo.

—Mi padre tampoco lo tenía.

—¿De veras se casará con ese hombre? —preguntó el pordiosero.

—No tengo otro camino que elegir.

—Nó parece que vaya contenta a la boda.

—¿Usted le vió, verdad?

—Por eso se lo he dicho. ¿Es por el dinero?

—No creo que ese asunto le interese para nada—le replicó la muchacha, malhumorada.

—Lo siento, pero es que me ha

parecido usted una chica desinteresada.

—Gracias. El caso es... que yo he tenido que vivir con mis tíos desde que mis padres fallecieron. Ellos me ofrecieron comida y vestido... pero siempre me están echando en cara lo que les he costado. Ha sido como aceptar una caridad; yo me casaría con cualquiera que fuese, con tal de librarme de ellos y poderles decir por primera vez en mi vida que vayan a... Puede usted, si quiere, acabar la frase por mí—continuó October, dejándola sin terminar.

—¿Delante de una señorita? ¡Eso nunca!—exclamó el fugitivo.

—Siento tener que suspender esta conversación, pero ahí viene mi tío a buscarme—dijo la muchacha al divisar a corta distancia que se acercaba su tío montado en su carrito.

—¿Pero ese es su tío?—preguntó el mendigo.

—Sí, y el otro es su caballo—contestó la chica en tono de broma.

—Entonces, con su permiso me retiro a mi lecho de plantas venenosas—dijo el vagabundo al mismo tiempo que se deslizaba otra vez entre los matorrales, con el fin de esconderse para que el tío de la chica no le viera—. ¡Adiós!

—Buena suerte—le dijo la mu-

chacha al tiempo que se volvía hacia su tío, que ya había llegado junto a ella y le preguntaba:

—Eh, muchacha, ¿qué haces aquí? Perdiendo el tiempo, mientras tu tío se desvive cosiéndote el traje de novia, y tú ni siquiera has querido ir a probártelo. Sube, anda.

Y emprendieron la marcha hacia el pueblo.

Por el camino el tío le preguntó:

—¿Con quién estabas hablando?

October se encogió de hombros, no sabiendo qué contestar y propociniéndose, con un extraño e inconsciente sentimiento, de no revelar la presencia del simpático vagabundo con quien departiera por unos instantes.

—¿Tal vez te hacías reflexiones sobre la conveniente boda que te hemos preparado?—insistió el tén-

dero.

—Seguramente. Hablaba conmigo misma recordando la «generosidad» que ustedes han tenido para mí...

El tío sonrió satisfecho, pensando en la preponderancia que iba a adquirir en el pueblo en el momento en que pudiera llamarle de tío al poderoso banquero. Y ello sin contar la afluencia de clientes que llenaría su tienda a diario, lo que le produciría pingües beneficios que le re-

sarcirían de sus desvelos para con la joven.

Esta pensaba de muy distinta forma, recordando la manera de ser de Sam. Con ello se libraría de ser la sirvienta de su desconsiderado tío, y contaba con que su futuro marido no la importunaría mucho por sus frecuentes viajes a la ciudad.

Mientras estaban en estas reflexiones, el carricoche hizo su entrada en el pueblo, mientras los vecinos que se cruzaban en su camino saludaban calurosamente, puesto que había corrido la voz de la proyectada boda y de tendero pasaba a

ser una figura de primer plano en la ciudad.

October iba saboreando los últimos restos de la manzana que le diera el vagabundo, con mucho más deleite que las que vendía en el establecimiento de su tío. ¡Lástima que Sam Wasser no tuviera la simpatía del desastrado vagabundo!

Llegados a su domicilio, October ni siquiera se dignó someterse a la prueba de su albo traje de novia pensando que si aunque no le vendara bien, menos le iba a sentar el matrimonio con el juerguista y mal educado hijo del banquero.

LA BODA

EN la sacristía de la iglesia estaba esperando October ataviada con su traje de novia, acompañada de sus tíos y de los padres de Sam, a que éste llegara y el cual se estaba retrasando de una manera alarmante, por lo que el banquero Wasser se fué al teléfono para ver la causa por la que tardaba tanto su hijo en presentarse para que se celebrara el acto.

Mientras tanto, Sam, en su casa rodeado de sus dos amigos, bebía sin tregua, y al llamar su padre por teléfono, los tres estaban que casi podían sostenerse en pie.

—Sí, señor; ya está listo—contestó uno de sus amigos, que fué quien acudió al teléfono al oírse la

llamada de Wasser—; creo que llegará dentro de pocos minutos...

—Oye, era tu padre—dijo dirigiéndose a Sam, que estaba sentado y bebía sin tregua—; mejor será que vayamos ahuecando.

—Sí, vámos—contestó el otro amigo—; llévate una botella, Joe.

—Ya está; vámonos—dijeron todos a una.

—Andando... a la boda—dijo Sam.

Y canturreando una canción, salieron a la calle con el fin de dirigirse a la iglesia y sosteniéndose el uno con el otro, pues no podían dar un paso de borrachos que estaban.

Al llegar junto a un pajar se cayeron encima y, de entre las pajas, les salió el vagabundo que momen-

tos antes había estado en la carretera platicando con October, y al cual se hallaba escondido allí, diciéndoles:

—Perdonen, caballeros, este pajar está alquilado. Hay otros desalojados por ahí.

—¿Y que está usted haciendo ahí dentro?—le preguntó Sam.

—Estoy buscando una aguja—contestó el vagabundo.

—¿Y la ha encontrado?—le replicó Sam.

—Sí. ¡Ah! ¿Conque es usted?—replicó todo extrañado el pordiosero al reconocerle y ver en qué estado se encontraba.

—Sí; pero, ¿de qué me conoce usted, si es la primera vez que me ve?—le preguntó todo extrañado Sam.

—Vamos, Sam, que tu padre te está esperando hace rato—le dijo su amigo al mismo tiempo que le cogía del brazo para arrancarle de allí.

—Aguarda un momento, aguarda; se me está ocurriendo una gran idea—dijo Sam.

—Mira que tu padre se va a poner furioso—observó el amigo.

—¿Que tengo la gran idea? Quiero que este tío beba a la salud del novio. Vamos, amigo—replicó Sam sin querer hacer caso de la advertencia de su amigo.

—No, gracias—contestó el mendigo.

—Vamos—insistió Sam.

—He dicho que no. ¡Gracias!—replicó con energía el pordiosero.

—Vamos, beba usted de una vez, que está retrasando una boda—intervino uno de los amigos de Sam con el fin de aligerar para que el padre de Sam no se impacientara más.

—No me interesa nada de eso—contestó el mendigo.

A lo que Sam, en su inconsciencia, contestó:

—Conque nos desafía, ¿eh? Encantado. Yo también soy agresivo. Duro con él, muchachos.

Y entre los tres cogieron al pobre hombre, y quieras que no, le hicieron tragar el contenido de la botella que llevaban consigo.

Mientras esta escena tenía lugar en el pajar, en la sacristía donde todos estaban esperando la llegada del novio, y con el fin de que la espera resultara menos molesta, el cura le dijo a October:

—Mi querida jovencita. Yo creo que deberíamos aprovechar esta pequeña demora del acto de su casamiento en algo más útil y práctico que estamos aquí sentados... sin hacer nada.

—Yo también estaba pensando lo mismo. ¿Qué se le ocurre a us-

ted? —le preguntó October, que estaba nerviosa por la espera.

—Pues ante todo quisiera recordarle que está en una de las ocasiones más solemnes de la vida... y me gustaría que quedara bien impresa en su mente la bendición matrimonial que está usted a punto de recibir.

Suspendió el coloquio la llegada de Sam con sus amigos junto con el vagabundo, los cuales llegaban completamente ebrios.

—¡Hola a todo el mundo! ¡Vamos, muchachos, entrad! —dijo Sam.

—Está borracho —exclamó Elmer al verle llegar en aquel estado.

—Le habrán dado una draga. Ningún Wasser ha bebido jamás —contestó el padre al verle.

—¡Ah! ¿Conque estás ahí aguardando? Lamento haber llegado tarde; pero te advierto que vale la pena, porque te he traído lo que tú dijiste que deseabas —dijo Sam dirigiéndose con el mayor cinismo a la muchacha.

Y volviéndose hacia sus amigos, les dijo:

—Traedle aquí, muchachos. ¿En? ¡Ja, ja, ja!

El mendigo, dirigiéndose hacia la muchacha, le dijo:

—Dispense usted. ¡Están borrachos!

—Recordarás que has dicho algo

que me hubiera llegado a enojar de no estar seguro de que mentías —dijo Sam dirigiéndose a la muchacha.

—¿Qué es eso, Sam? Cállate —le ordenó el padre.

Pero Sam, sin hacer caso de esta advertencia, replicó:

—¡No será fácil, hasta que ella retire su bravata!

Interviniendo el cura, reconciliador, dijo:

—¡No es ocasión oportuna, Samuel!

—¡Esta es la única ocasión de avergonzarla ante todo el mundo! —replicó con todo cinismo Samuel.

—Pero, Sam —intervino la tía de October toda conciliadora.

Pero Sam, sin atender a ninguna razón y fijo en su idea de humillar a la muchacha, le dijo a ésta:

—Dijiste que te era igual unirme a mí que a cualquier vagabundo. De acuerdo. Elige, pues.

Y empujando al pordiosero, se lo presentó delante de la muchacha.

El vagabundo se disculpó exclamando:

—¡Lo siento!

Pero Sam insistió:

—¡Anda, escoge! Decídetes entre este harapiento y Sam Wasser. ¡Ja, ja, ja!

A lo que la muchacha, repuesta

de su asombro, se adelantó exclamando:

—Ante todos elijo al caballero.

Y Sam, creído que lo de caballero iba dirigido a él, contestó todo orgulloso:

—¡Ya tenía la completa seguridad!

Pero se equivocaba, pues la muchacha, sacándole de su error, le dijo:

—¡Ah, no es lo que te figuras!... ¡Mi elección no te concede ni el sitio de padrino! Y mucho menos el de marido.

Y se adelantó hacia el pordiosero, al que se cogió del brazo. Entonces, Sam, viendo que había ido demasiado lejos, exclamó:

—¡Oooh! October, no sabes ni seguir una broma.

Y ella le contestó, adoptando una actitud de dignidad:

—Yo sólo las aguanto según de quien.

—Pero si yo te quiero —replicó humildemente Sam.

Pero October le separó de su lado exclamando:

—¡Retírate de aquí!

Y el banquero, horrorizado, exclamó al ver a su hijo que se desplomaba en un sillón:

—¡Las drogas!

October, sin hacer caso de nadie

y siempre del brazo del pordiosero, se dirigió al cura y le dijo:

—¡Cuando quiera, padre!

El cura, todo extrañado de la actitud de la chica, contestó:

—Sí, pero... pero ¿y... y Sam?

A lo que la muchacha le contestó:

—Ya no existe Sam... Aquí está el caballero con quien me he de casar.

Y cogida al brazo del pordiosero, se dirigió al altar con el fin de efectuar el matrimonio.

El sacerdote miró a su alrededor como pidiendo parecer a los circunstantes, pero entre éstos reinaba tal estupor que nadie se atrevió a interponerse a la orden que daba October.

Por otra parte, el vagabundo tampoco decía palabra, lo que era interpretado por el ministro de la Iglesia como una señal de asentimiento.

October, por otra parte, insistió de nuevo:

—¡Vamos, padre! Le ruego a usted que empiece la ceremonia...

El aludido se encogió de hombros, y cogiendo su breviario empezó con la plática de rigor, que le salió algo embarullada por lo insólito del caso ante el que se hallaba. Una linda joven, ricamente ataviada con las galas nupciales e hija de un acomodo-

dado comerciante, renunciaba a la mano del «partido» más codiciado por todas las madres de Cedar Ridge para casarse con un desconocido pordiosero el cual, por otra parte, aparentaba estar inconsciente y algo «mareado» por los efectos del licor que le obligaban a beber el novio fracasado y sus dos compinches.

Terminada la ceremonia, October firmó en el registro, haciéndolo luego, con letra temblona, el nuevo desposado. El sacerdote miró la firma del vagabundo, haciendo un gesto de incredulidad al leer: «John Smith».

—¡Bah!—pensó—. Este tipo, además de pordiosero, es un fresco. Firma con el nombre de Smith, que se ve a la legua que es falso. Pero, en fin, que October se las componga como pueda.

Mientras esto ocurría en la iglesia, un coche se deslizaba por la carretera ocupado por los compinches Lenny y Barbarroja, los cuales sostenían el siguiente diálogo:

—Si no le atrapamos de una vez, estamos frescos. Hace días que andamos tras de ese vagabundo, y ahora que logramos dar con él... ¡Ya te dije yo que le diéramos un trompazo en la cabeza!—decía Lenny.

—Sí, pero ¿y la chica?—contestó Barbarroja.

A lo que su compinche le contestó:

—Nosotros sólo tenemos que pensar en una mujer, y es la que nos paga... Y está allí, en aquel recodo, aguardando. ¿Qué le vamos a decir ahora?—preguntó Lenny a su compañero.

—Lo que me preocupa es lo que ella nos diga a nosotros—le contestó su compañero al mismo tiempo que se apeaban del coche y se dirigían a otro que estaba parado en un recodo de la carretera.

—Le han liquidado—dijo Lenny al acercarse a Elfreda, que era la mujer que ocupaba el vehículo.

—¿Es que ha muerto?—preguntó la dama.

—¡No! Le han casado—contestó uno de los individuos.

—¡Mentira!—exclamó la mujer.

—¡Sí, con una del pueblo!—replicó Lenny.

—¿Dónde está?—preguntó Elfreda.

—Nosotros estábamos frente a la puerta de la oficina del juez mientras les estaban casando. No podíamos darle el golpe de gracia estando rodeados de policías. Cuando entramos por él, había desaparecido—contestó Lenny.

—Ya les dije que no viniesen con ninguna clase de excusas—exclamó la dama.

—¡Pero no podrá ir lejos acompañado de una mujer!—dijo Lenny con el fin de disculparse.

—Sí; usted no se preocupe—contestó el otro.

A lo que la dama le contestó categóricamente:

—Pero ustedes sí... ¡O dan cuenta de él... esta misma noche... o yo la daré de ustedes mañana!

Y se alejó del lugar.

Cuando el coche de Elfreda estaba ya a respetable distancia, Lenny dió un suspiro de alivio.

—Por lo que nos paga esta mujer no creo que valga la pena exponernos de la manera que lo estamos haciendo.

—Piensa en que no somos los únicos que estamos a sueldo de ella

—repuso su compañero—y que si la tracionamos, aparte de no cobrar, es muy posible que nos agujereen la piel.

—Bien, bien. ¿Y qué es lo que crees que podemos hacer ahora?

—Sencillamente. Salir en busca de ese vagabundo y en cuanto lo hallemos... ¡duro con él!

—No es tan fácil... Ya sabes que a mí no me importa pelear con hombres, pero cuando se mezcla por medio una mujer, siento perder mis fuerzas.

El coche que conducía a Lenny y Barbarroja dobló por un camino vecinal, dispuesto a recorrer todos los lugares donde pudieran haber buscado refugio para su noche de bodas los dos extraños novios.

FUGITIVOS

EN un recodo de la carretera, alejados ya del pueblecito de Cedar Ridge, se hallaban los recién casados. Ella todavía ataviada con el traje de novia, ya que a causa de la indignación que tuvieron los suyos al ver su locura, huyeron de aquellos lugares.

Ella le preguntó a él con el fin de ver dónde podrían pasar la noche.

—Oiga, ¿tiene usted dinero?

—Pues claro que tengo...—contestó el vagabundo—Y rebuscando entre sus bolsillos, sacó una moneda de cobre y, entregándosela a la muchacha, le dijo: Tome el que necesite.

—¿Eso es todo lo que tiene?—le preguntó October al ver que sólo le

enseñaba aquello—. Bueno, ¿y dónde vamos a dormir?

—En cualquier sitio—contestó él.

—¿Tiene usted miedo a los duendes?—le preguntó la muchacha.

—No; no me dan miedo los duendes.

—Entonces, yo sé un sitio estupendo. ¡Vamos!

Y se alejaron en dirección a una casa deshabitada que había un poco apartada de la carretera.

Debido al estado ebrio en que se encontraba el vagabundo, le vino hipo al entrar en la casa, y a cada paso se oía su ¡hip!, ¡hip!, ¡hip!, por lo que dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor

de darle un susto a ver si se me quita el hipo?

Y como si la puerta hubiese podido oír la orden, se cerró sola dándole el consabido susto, con lo que el hipo se le quitó al pontífice, que exclamó:

—Ya estoy mejor... ¡Gracias!

En éstas se oyeron unos ruidos, por lo que la muchacha, un poco asustada, le dijo:

—¿Ha oído usted eso?

—¿Qué?

Y al ir a subir las escaleras para dirigirse al piso superior, él retrocedió, diciendo:

—No, las señoras primero.

Y October, casi arrastrando, le llevó al piso superior, entrando en una habitación desmantelada que había, y como la muchacha tenía que sostener al vagabundo, dejó la puerta abierta, y ésta, al cerrarse, hizo caer un cuadro que había en la pared y que casi se sostenía, dando a la muchacha el consabido susto, por lo que el vagabundo la tranquilizó diciéndole:

—No es nada.

Y haciendo además de salir, se dirigió hacia la puerta, pero la muchacha le retuvo diciendo:

—¡Usted se queda aquí conmigo!

—Yo no me quiero quedar aquí con usted. ¡Le he dicho que no

quiero quedarme con usted! — replicó el vagabundo intentando marcharse; y viendo que la muchacha le cerraba el paso, exclamó tambaleándose:

—Haga el favor de abrir esta puerta en seguida.

Y divisando una silla, se dejó caer en ella, rompiéndola con su peso y sin que la muchacha consiguiera poder levantarlo debido a su estado semiinconsciente, exclamando con desaliento:

—¡Oh, qué hace usted, hombre! Crea que en cuanto haya pasado una noche en este sitio, no voy a querer dormir en otro en toda mi vida. Levántese; sea usted hombre.

Y viendo que no se movía, pues se había quedado completamente dormido, exclamó:

—Vaya un vagabundo, que no sirve ni para hacerme compañía. Si alguna vez me caso con un vagabundo, tendrá que ser un jueguista.

Y mientras la muchacha miraba la manera de pasar la noche acurrucándose en un rincón, por la carretera se deslizaba el coche que conducía a los dos cómplices encargados de matar al vagabundo, los cuales sostenían el siguiente diálogo:

—¡Bueno! ¡Todo nos ha salido mal!

—Hay que llegar hasta el fin sin dejar que se apodere de nosotros la desconfianza o el desaliento. ¿Dónde podrán estar ahora? —preguntó Lenny.

—¡Oh! ¡Oh! Es sencillo. ¡Dónde estarías tú si fuese la noche de tu boda!—contestó su compañero—. Y ya te digo, Lenny, que son ganas de gastar saliva. No hay aquí ninguna casa abandonada.

A lo que Lenny contestó:

—Hay más allá una, al lado de la carretera. Me parece que voy a echarle un vistazo.

Y viró el coche en aquella dirección, lo cual fué la causa que, al pasar por delante de la casa, los faros del coche dieron en la cara de October, que estaba acurrucada para ver de pasar la noche. La muchacha se levantó al notar el resplandor y se puso en acecho, y vió cómo los dos individuos entraban en la casa y se disponían a la busca del vagabundo. Corrió al lado del portón y sacudiéndolo, intentó despertarlo, pero en vano, por más que exclamaba:

—¡Levántese! ¡Levántese! ¡Hay alguien en la casa.

Los dos truhanes entraron, y Barbarroja, que tenía pocas ganas de andar por aquella casa siniestra, dijo:

—Buena, aquí no hay nadie.

Pero su compañero no cedía tan pronto, y estaba dispuesto a revolver por todos los rincones, por lo que le dijo:

—Busquemos bien. ¡Debe estar en alguna parte!

Y mientras andaban en sus pesquisas, sostenían el siguiente diálogo, escuchado por October desde arriba.

—Preferiría hallar a este tío dormido. Nos ahorraría mucho trabajo —decía Barbarroja.

—¿Empezamos por este lado?

—¿Qué hay aquí?

—La cocina. ¡Después buscaremos por arriba!

Al oír esta conversación, October corrió al lado de su marido y, sacudiéndolo, le despertó diciéndole:

—¡Levántese!

—¿Adónde me lleva? —dijo el vagabundo abriendo los ojos.

A lo que October, sin darle explicaciones y empujándolo hacia el torero, le decía:

—Métase usted aquí.

El muchacho, al ver que lo metía en aquel departamento tan estrecho, exclamó mientras se acomodaba en él:

—Es cosa curiosa. Cada vez que voy invitado a dormir a una casa,

siempre me ha de tocar la habitación más pequeña.

Y una vez colocado y cerrado el torno, lo hizo girar hacia abajo, mientras los dos compinches subían para seguir sus pesquisas en el piso superior, o sea en donde se encontraba October, la cual se escondió detrás de los restos de un armario, cuya puerta abierta la resguardaba.

Al llegar los dos individuos frente a la habitación en la que se encontraba la muchacha, Lenny le dijo a su compañero:

—Yo aguardaré aquí.

Y Barbarroja se dispuso solo a buscar en aquella habitación, lo cual dió lugar a que con un movimiento que hizo al acercarse al armario detrás del cual estaba escondida la chica, los restos de una pantalla que estaba colocada encima se cayera sobre la cabeza de la chica, la cual no pudo hacer ningún movimiento por miedo a no descubrirse y en esta posición esperar a que los individuos se marcharan.

Viendo que no había nadie y que la casa estaba en el más absoluto silencio, Lenny llamó a su compañero, el cual acudió, dejando de esta manera en libertad a la muchacha para poder desentramarse del sombrero improvisado.

En aquel momento se oyó un rui-

do abajo, y Lenny y Barbarroja corrieron hacia la escalera, ocasión que aprovechó la muchacha para hacer subir a su compañero, y así, cuando los dos amigos llegaron a la cocina, ya el vagabundo estaba arriba, y al parecerles que el ruido que habían oído salía del torno, allá se fueron, exclamando:

—¿Has oído?

—Vamos. Está abajo. Duro con él.

—Ahí está. ¡Dispara!

Y así lo hicieron, disparando todos los proyectiles que habían cargados en la pistola, diciendo:

—Ya está bien. Lleva dentro más plomo que una copa de fútbol, ¿sabes?

Y al abrir el torno, creyendo encontrar el cadáver del que tanto buscaban, salió corriendo un gato con la cola completamente erizada, por lo que Barbarroja, todo perplejo, exclamó:

—¡Eh! ¿Qué te parece esto? ¡Un gato!

Diciéndole su compañero:

—Pues qué creías ¿que era un caballo? Bueno, aquí no está. ¡Vamos a seguir buscando en otro sitio!

Y salieron a toda prisa de la casa.

Mientras abajo, en la cocina, se desarrollaba la precedente escena, arriba, October se apresuraba a sa-

car a su marido del torno, el cual, en su inconsciencia, decía mientras el torno subía:

—Segundo piso, lencería de señora, porcelana china y escultura romana.... ¡Aguárdeme!

Y al quedar la casa sola otra vez, el matrimonio se acostó en la cama medio rota y allí pasaron la noche sin que el vagabundo se diera cuenta del sitio donde se encontraba ni en qué compañía.

SORPRESA AL DESPERTAR

YA en plena mañana y al penetrar por entre los cristales de la ventana los resplandores del sol, la pareja despertó, y October, incorporándose, dijo dirigiéndose a su compañero:

—¡Buenos días!

Llevándose la mano a la cabeza, el vagabundo dijo:

—La cabeza me duele y tengo la garganta seca.

Y dándose cuenta de la compañera que tenía a su lado, le preguntó extrañado:

—¿Quién es usted?

—¿Que quién soy?

—Sí; yo no la conozco a usted, ¡y crea que extraño encontrarme así!

La muchacha, al ver la actitud

de su compañero, le dijo con un mohín de disgusto:

—No sea usted cruel conmigo antes del desayuno. ¡He pasado una noche de suetos y además tengo un hambre canina!

El vagabundo, al oír la exclamación de su compañera, dijo rebuscando en los bolsillos de su indumentaria:

—No vaya usted a llorar por eso, señorita. Creo que tengo una manzana por aquí, en un...

La muchacha replicó vivamente:

—¡Ya no la tiene usted! Se la di yo al juez.

—¿Qué juez?—preguntó el fugitivo.

—¡El juez que nos casó!

—¿Eh? ¡Me casé!—preguntó extrañado el vagabundo.

—¿No recuerda o lo cree broma?
—le pregunta sorprendida la muchacha.

—¿Una broma? ¡Ah! Usted es la chica de la carretera... que iba a casarse con un tal Sam... No es posible que me haya casado con usted—replicó el vagabundo.

—Pues lo ha hecho—aclaró la muchacha.

—Esto quiere decir que ha tenido usted la gran osadía de aprovecharse de mi estado semiinconsciente para imponérselo como esposa. ¿verdad?—le preguntó el muchacho mientras estiraba sus miembros paseando por la habitación.

A lo que la muchacha le contestó:

—Lo siento. Però me sentí tan desoñada, que lo hice como solución extrema.

—¿Extrema?—dijo el vagabundo dando un salto de sorpresa. Y dirigiéndose a su compañera, exclamó:—Pues se le podía haber ocurrido cosa mejor... Tomar sublimado, ahorcarse o algo así... Todo menos casarse conmigo. Usted debe estar un poco... La verdad es que me desconcierta.

La muchacha, al oír a su compañero, exclamó:

—Pues usted a mí, ni poco ni mucho. Es usted mal educado, sucio, cruel y, por añadidura, cobarde.

Ninguna chica se hubiera casado con usted de no haberse encontrado como yo... casi al borde de un precipicio. Usted debe ser algo peor que un gangster... No hay más que ver cómo le persiguen los otros.

—Però, ¿han estado aquí?—preguntó vivamente el vagabundo.

—Sí.

—¿Y qué dijeron?

A lo que la muchacha, adoptando un aire burlón, replicó:

—No tuve tiempo de conversar con ellos. Estaba protegiéndole a usted para que no le asesinaran.

—¡Ya!... Bueno, dígame, señora... ¿Cuál es su apellido?

—Eso lo dirá usted—le contestó la muchacha.

—Smith.

—¡Ja, ja!—contestó October en son de burla—No faltaba ya otra cosa. Casarme para llevar un apellido tan vulgar como el de Smith.

El vagabundo, haciendo ademán de marcharse, le contestó:

—Bueno, señora Smith. No puedo quedarme aquí por más tiempo. Tengo que marchar.

—¿Adónde?

—Al Canadá—le contestó Smith.

—¿Al Canadá? ¿Por qué?—preguntó la muchacha.

—Está usted haciendo demasiadas preguntas. Ahora váyase usted

a anular el matrimonio y yo me pondré en marcha.

October, al ver la actitud decidida de su compañero, le contestó:

—No, no podría volver. Yo no podría soportar que murmurasen a espaldas mías y se riesen en mis narices. No; ya me he librado de esa gente y no volveré más.

—Pues entonces, ¿qué va usted a hacer?

—Haré cuanto pueda para no serle gravosa. Dejéme ir con usted; se lo suplico.

—Está muy bien — contestó Smith—. Hoy comienza para usted la más extraña luna de miel que haya podido soñar. Vamos.

—¡Oh! — exclamó la muchacha mirando el atavío que llevaba.

—¿Qué le sucede a usted?

—Que no puedo mancharme vestida así — contestó October señalando a Smith el traje de novia, que aun conservaba puesto, ya que al emprender la fuga no se preocupó de cambiarse de ropaje ni de llevarse nada de repuesto.

—La cosa tiene gracia. Acaba de casarse y ya está pidiendo vestidos — contestó Smith en son de burla.

—¿Qué me voy a poner?

—Venga aquí. Mire — le dijo Smith llevándola hacia la ventana y enseñándole un vestido de mujer que estaba colocado de espantajo

para ahuyentar a los pájaros en un campo recién sembrado.

Y allí se dirigieron con el fin de ver si podía ponerse, ya que con el traje de novia era imposible que pudieran trasladarse a ningún sitio sin llamar la atención.

—¿Qué le parece ese modelo? — preguntó October contorneándose y demostrando con aquel traje que se había puesto al mismo nivel que su marido — ¿Cómo me está?

—Mejor que a ella — le contestó Smith a la vez que le sacudía las pañales que le adornaban y señalando hacia el espantajo donde habían dejado colocado el traje de novia que llevaba October —, parece hecho para usted.

—Y para dos personas más — replicó October al comprobar que la chaqueta le venía enormemente ancha.

Y mientras se ponían en marcha carretera adelante uno al lado del otro, la muchacha se dirigió a su compañero diciéndole:

—He decidido seguirle sin importarme adónde va ni el porqué. Ya sé que no debo preguntarlo, pero me gustaría saber a qué obedece todo esto.

Entonces, el vagabundo le contó el porqué de la persecución de aquellos individuos, diciéndole:

—Todo este asunto empezó a

causa de una isla que tenía mi abuelo. Como la tierra era estéril y pobre, el hombre pensó que ningún heredero la querría. Quizás por eso al fallecer rompió el legado en tres pedazos y nos dio un trozo a cada uno. Supongo que el viejo debió pensar que si un día alguno de nosotros quería poseerla tendría que contar con los otros dos.

—¿Y no les interesó nunca?

—No; ¿para qué? —replicó Smith—. Ninguno pensó en ella hasta hace un año que de repente encontraron allí petróleo, y a toneladas. La isla vale ahora una fortuna.

—¿Y qué tiene que ver eso con los hombres que le persiguen a usted?—preguntó la muchacha.

—Son malvantes... enviados por mi prima.

—¿Qué dice?—preguntó horrorizada October.

—Ella es uno de los herederos. Está llena de deudas y sería capaz de todo por tener dinero, sin reparar en nada. Ahora quiere conseguir los dos pedazos restantes, ¡y ya vió usted de lo que es capaz para tenerlos!

—Pero, ¿quién tiene el tercer pedazo?

—Un viejo amigo de mi abuelo que vive en un pueblo del Canadá, el señor Gregorio Andrés. ¡Allí es donde tenemos que ir, si mi prima

no logra impedirlo! —exclamó Smith.

—Creo que ésa es la carretera —dijo October.

—¡Sí!

La muchacha, al fijarse en un periódico que encontró a su paso tirado en la carretera, exclamó leyendo su contenido:

—¿Qué es esto? ¡Qué calumnias! ¿Cómo se atreven a decir estas infamias?

Y Smith, cogiendo el periódico, leyó la noticia que decía se había dado aviso a todos los puestos de policía y a todos los campesinos del lugar con el fin de detener a la muchacha y al vagabundo el cual la había raptado, cosa que, como es sabido, era completamente falsa, lo cual le hizo exclamar:

—¡Yo creí que había llegado al límite de mi desgracia viéndome perseguido por pistoleros; pero esto me coloca en situación desesperada! ¡Por culpa suya me persigue ahora todo el mundo!

Al ir a dar la vuelta a un recodo de la carretera, la muchacha le detuvo, exclamando:

—¡Cállese!

—¿Eh?—preguntó Smith.

—¿Qué pasa?

—Fíjese usted—dijo Smith señalando hacia el centro de la carretera, donde habían colocado una valla

para impedir todo paso y rodeada de campesinos y policías con sus coches esperando el paso de los muchachos, los cuales retrocedieron para ver de encontrar una solución con el fin de escapar.

—¡Nos atrapan! — exclamó la muchacha—. Si este camino está vigilado, lo estarán todos. Los granjeros estarán avisados. ¿Qué vamos a hacer?

—Marchar de aquí en seguida —le contestó su compañero.

Y al retroceder vieron que se dirigía en dirección hacia ellos un coche, exclamando October toda asustada:

—¡Cuidado, que viene un coche!

Smith, habiendo en un segundo concebido un plan, le dijo a la muchacha:

—Vamos a correr el riesgo. Yo cambiaré de sitio este tetrero indicativo, y cuando el conductor baje, suba usted al asiento de atrás y ocúltese.

—De acuerdo.

Y al llegar al lugar, el coche se dispuso a seguir la indicación del aviso, por lo que el coche quedó enclavado en un montículo que allí había, haciendo que el que lo guiaba bajase de él para ver la causa por la cual estaba aquel aviso en semejante lugar, ocasión que fué apro-

vechada por la pareja para apoderarse del coche, y mientras huían a toda velocidad, la muchacha se pasó del asiento de detrás al lado de su compañero.

Mientras tanto, Smith dando al coche la mayor velocidad que pudo, se dispuso a pasar por entre el grupo de campesinos que vigilaban el camino, por lo que le ordenó a la muchacha:

—¡Agache la cabeza!

Y el coche pasó como una exhalación por entre el grupo, causándoles la correspondiente sorpresa y logrando de esta forma escapar. Pero, reñechos del estupor, se dispusieron a emprender la persecución de los fugitivos, por lo que unos a pie dispararon contra el coche y los otros montaron en sus coches y emprendieron la carrera.

—¿Qué pasa? —preguntó October al ver que el coche disminuía la marcha.

—Nos han perforado el depósito. No podemos ya utilizar este coche. Me salvaré corriendo. Escuche — le dijo a la muchacha al mismo tiempo que de uno de sus bolsillos sacaba un papel y se lo entregaba.

—Guarde esto con mucho cuidado y no deje que nadie se apodere de él. Si logro escaparme, volveré a buscarlo. Si no, llévelo a Gregorio Andrés, a Pennington, en Canadá.

—¿A Gregorio Andrés?—preguntó October.

—Sí. Entréguele usted este anillo. Lo reconocerá. Dígale que tenga cuidado con Elfreda. ¿Ha comprendido?—le dijo Smith al mismo tiempo que se sacaba un anillo que llevaba puesto y lo entregaba a October.

—Sí—contestó la muchacha guardándose el documento y colocando el anillo en uno de sus dedos.

—¡Muy...! ¡Adiós, señora Jones! ¡Buena suerte!—exclamó Smith al mismo tiempo que se daba a la fuga, pudiendo de este modo evitar caer en manos de sus perseguidores, que en aquel momento llegaban, y mientras los unos se dirigían hacia su persecución, los otros rodearon a la muchacha, que intentaba escaparse.

—¡Quieta aquí, señora!

—¡Déjeme usted ir!—exclamó la muchacha intentando deshacerse de ellos.

—¡De ninguna manera! Tenemos orden de retenerla en la cárcel del pueblo hasta que sus tíos y Sam vayan a buscarla.

—¡Supongo que traerán ustedes la orden de arresto!—exclamó la muchacha.

A lo que le contestaron los otros:

—Lo manda el viejo Waser, y para nosotros es suficiente!

—Pues cuando vean al viejo Was-

ser, le dan ustedes de mi parte esto...—dijo October, al mismo tiempo que a cada uno de los que la tenían sujeta les daba una patada en las espinitas.

Impotente para poder huir, no tuvo más remedio October que dejarse conducir por sus aprehensores a la cárcel del pueblo, donde quedó custodiada en espera de que vinieran a buscarla.

Encerrada en su celda, la joven se puso a reflexionar seriamente sobre todo cuanto le había ocurrido en pocas horas.

Se había casado con un desconocido pero simpático vagabundo y al hallarse en un trance apurado se veía de nuevo abandonada a su suerte y otra vez en manos de su tío y del viejo banquero.

¿Qué texto tan misterioso contendría el papel que le entregara su «marido»? ¿Quién era la enigmática Elfreda de quien tenía que guardarse aquel señor de Pennington? ¿Qué raros manejos llevaba entre manos el efervescente vagabundo?

October, sumida en estos pensamientos, miró el anillo que le entregara Smith y pensó que era una valiosa alianza de boda si en verdad llegara a ser válida. No se explicaba cómo podía haber llegado en manos de un hombre de indudable pobreza;

aquel pensamiento le hizo abrigar el temor de que se tratara de un ladrón, aunque su corazón le decía que el rostro de Smith, tras la máscara de su desaseada barba se ocultaban nobles sentimientos. La corrección de sus palabras y sus modales revelaban que el que se encontraba en una situación apurada no significaba que fuera un vagabundo empedernido, sino más bien un hombre a quien la suerte le había vuelto la espalda.

Luego dejó a un lado sus consi-

deraciones prácticas y dejóse abandonar por el sentimentalismo que anidaba en su delicada alma femenil.

—¡Me ha llamado señora Jones! —se decía—. ¿Por qué no me ha dicho señora Smith? Creo que es lo menos que puede hacer un marido al día siguiente de su boda... No pretendo que me diga frases de cariño, pero esperaba algo más de él. Pero, en fin; creo que vale más estar en la cárcel que no casada con Sam Wasser.

UNA VISITA INESPERADA

A poco rato de estar encerrada October, llegó frente a la cárcel un magnífico coche, del cual descendió Elfreda, y dirigiéndose hacia el interior del edificio, se dirigió al carcelero y pidió para visitar a la reclusa, a lo que accedió el carcelero.

—¡Aquí hay una señora que quiere verla!—exclamó al llevar a Elfreda al lado de la muchacha.

—¡Buenos días! ¡Yo soy Elfreda Valentino!—dijo la recién llegada presentándose a sí misma.

—¡Tanto gusto! ¿Quiere tomar asiento?

—¡Gracias!

—¡Con toda comodidad! ¡Ah, si puede!—exclamó la muchacha al

sentarse en el único banco destastado que había.

Elfreda, al fijarse en el anillo que October llevaba puesto, le dijo:

—¿Conque es cierto? Me refiero a su boda... con ese hombre extraño.

—¿Habla usted de mi marido?

—¡Sí... y del mío!... ¡Qué crueldad la de abusar de una chica bonita e inocente como usted!—replicó la recién llegada.

—¡Lo siento, pero no la creo a usted!—dijo incrédula October.

—¿Por qué había de mentir?

—¡No lo sé, pero quizá lo sepa mi marido!

—¡No, querida; yo no siento cosas como usted cree!—exclamó El-



— y cogida del brazo del
pordiosero se dirigió al
altar.



Quigley, el misterioso
vagabundo.



Mientras esto ocurría en la iglesia...



October tapó la boca a su marido, para que no escandalizara.



October corrió al lado
de Quigley...



—Buena. Aquí no hay
calle.



—¿Quién es usted? —
preguntó él.



Y una vez colocado en el
torno...



—Habla usted de mi marido?

—Mejor que a ella. Parece hecho para usted.



Cogiéndolo el teléfono se
pone en comunicación...



—Déjeme ir con usted,
se lo suplico.



Se encontraron al ama
de llaves inclinada contem-
plando a Elfreda. —

—¿Pasteles de carne?



...y amenazándole con la
pistola...



—¿Es que está usted ro-
bándome mi coche?

trada—. He venido a verla por simpatía y quisiera ayudarla, si puedo.

—¡Entonces, váyase!—le replicó la muchacha con dignidad, como demostrándole que de la única manera que podía ayudarla era dejándola sola.

—¡No me iré sin haber cumplido con mi deber!—terció la intrusa—. Puede que esto le cause dolor, pero hay algo que quiero que sepa. ¡A nuestro marido lo busca la policía!

Entonces, October, dirigiéndose a Elfreda, exclamó:

—Y también hay algo que quiero decirle. Más de lo que usted me cuente, ya me lo ha dicho mi marido.

—Me gustaría saber lo que le ha dicho. A que no le ha contado que le buscan por homicidio, ¿verdad?

—¡No quiero crérmelo!

—¡Quizás la convenza a usted esto!—le dijo Elfreda al mismo tiempo que le alargaba un recorte de periódico que decía como título que el atleta Quigley se personara ante la policía para declarar por haber sido hallado en su habitación estando él ausente el cadáver de un hombre.

—¿Por qué viene a enterarme de estas cosas?—preguntó la muchacha al mismo tiempo que le devolvía el papel.

—¡Oh! ¡Usted no lo entiende! ¡El hombre con quien se ha casado es Quigley!

Lo que hizo exclamar a la muchacha llena de asombro:

—¿El noble Quigley? ¡Oh, usted desvaría!

—¡Fíjese en su anillo! Es el escudo de lo Quigley—dijo Elfreda señalándole y comparando su sortija con la que llevaba puesta la muchacha, que, efectivamente, eran iguales.

—¡Ah! ¿Conque éste es su escudo?—preguntó asombrada.

—Se lo explicaré. ¡Quiero que me diga dónde se encuentra él ahora!

—¿Sí?

—Nosotras hemos de entregarle a la policía. Ya no es sólo un bigamio, sino un hombre en extremo peligroso.

Pero October, no cayendo en la trampa que le tendía Elfreda, exclamó rechazándola:

—¿Conque toda esa maldad es el fin que se propone? ¡Ahora que se ha descubierto, márchese de aquí! ¡No quiero oírlo! No creo una palabra de cuanto ha dicho!

—¡Está bien!—dijo Elfreda marchándose, viendo perdida la parti-

da—. Pero tan pronto como le vea, pregúntele por qué, si es inocente, no se presenta a la policía, y lo comprueba.

Salió Elfreda despechada de la cárcel, y dirigiéndose a su coche,

que le aguardaba a la entrada del edificio, ordenó al chofer:

—¡Al hotel!

—Sí, señora.

Y se alejó de aquel lugar a toda marcha.

EMOCIONANTE SENSACION

POR la carretera y no muy lejos del lugar donde ocurrían los hechos que acabamos de narrar, se deslizaba un lujoso coche de turismo ocupado por sus dueños, los esposos Thompson, pareja que acababa de casarse y se disponía a pasar su luna de miel por aquellos parajes. Pararon el coche en un lugar donde les pareció el más a propósito para comer alguna cosa.

—Buena, ya hemos llegado, querida. ¡Este es un magnífico lugar para comer! ¡Qué bien se respira aquí! —exclamó Alfredo apeándose del vehículo y aspirando el aire puro a pleno pulmón.

—¡Ay, sí! Yo no sé por qué no construyen los hombres todas las

ciudades en el campo, ¿verdad, Alfredo?—dijo Dora mimosamente.

—¡Sí, sí, vídita mía! ¡Bajemos aquí, cielo!

—Lo que tú quieras, Alfredo.

—De no haberme conocido, ¿nunca me habrías amado como ahora?

—¡Quizá te querría aún más!

—Mi Alfredo, no tienes precio, nene!

Y diciéndose mil ternezas, iban sacando del coche la maleta para preparar su ágape en medio del campo, un poco alejados del coche, en una explanada que había en un prado.

—He preparado unas rodajas de patata con mayonesa y además una cosa que a ti te gusta mucho: unos cuantos pastelillos. ¡La carne, con

pasas y piñones!—iba explicando Dora.

—¿Pasteles de carne? —preguntó el marido entusiasmado.

—Sí, y advertí al carnicero que cortara la carne de una ternera que fuese tiernecita y buena.

—¡Estupendo! Estamos en la primera semana de luna de miel y ya eres una perfecta ama de casa. ¡Eso tiene gracia!

—¡Y pensar que eres uno de los chicos más ricos de Pensylvania! —exclamó riendo Dora.

—Oye, ¿no te habrás casado conmigo sólo porque soy rico?—preguntó alarmado el marido al oír la exclamación de Dora.

—¡Pues claro que no! Si me caso contigo es porque soy pobre —le contestó su mujer al mismo tiempo que le abrazaba mimosamente.

—¡Nenita, qué luna de miel!

—¡Ah! ¡No hay nada como la luna de miel para que dos personas se tomen mutua confianza! Ahora quisiera tener alguna fuerte emoción. Siempre decías que después de la boda nos pasarían muchas cosas, y la verdad, no lo veo!

—No hay motivo de dudar todavía. Nos casamos hace una semana —le contestó el marido.

—Tienes razón —asintió la esposa.

—Creo que no nos hemos olvi-

dado nada—dijo Alfredo dando unaojeada al coche para cerciorarse de que así era, efectivamente, antes de apartarse del mismo.

—No, no lo creo.

—¡Buena, alimentos para el estómago y amor para el alma!—exclamó optimista el marido.

—Este sitio es ideal, ¿verdad, Alfredo? Vamos a sentarnos allí —dijo entusiasmada la mujer.

—Bajo los árboles —exclamó el marido.

—Anda, abre la maleta y pon el mantel aquí—iba diciendo Dora a su marido.

—Ayúdame tú.

—Pues claro que sí, nenito. Aquí está el mantel. ¡Qué delicioso es estar juntitos y solos! Alfredo, ¿es verdad que me quieres?—preguntaba mimosa la esposa. Aquí está el pan.

—Más que tú a mí. Aquí está el queso.

—¿Piensas en mí todo el día y toda la noche? Aquí está la pimienta.

Y el marido, acordándose de pronto del fútbol, su distracción favorita, le dijo:

—Si he de serte sincero, te dire que a veces suelo pensar en el fútbol.

—¡Oh! —exclamó Dora mirando fijamente su mano.

—¿Qué te pasa?—preguntó alarmado el marido.

—¡Ah, mira aquí, Alfredo! ¡Me ha picado una avispa en la mano!

—Ponte un poco de amoníaco.

—¡Ay, qué gracioso! ¡Si se fue volando!

—Bueno, ¿no querías experimentar una emoción? Ya la has tenido.

—Ha sido una sensación deliciosa—exclamó entusiasmada, y al mismo tiempo, fijándose en un individuo que se había detenido en su coche, exclamó reclamando hacia aquel lugar la atención de su marido—, ¡Fíjate!

—No me gusta nada la facha de ese tipo—contestó el marido—. ¡Ya verás la gran emoción que nos aguarda!

Al saltar del coche, Smith, para huir de sus perseguidores, se había internado por el bosque, y de esta manera consiguió burlar a sus perseguidores, logrando en su huida llegar hasta donde estaba parado el coche de la pareja de recién casados, que tan entusiasmados estaban, y sin pensarlo ni poco ni mucho, se metió dentro del coche con el fin de emprender la fuga con el mismo.

Alfredo y Dora se acercaron a su coche a toda prisa, y el marido, dirigiéndose a Smith, le preguntó:

—¡Perdóneme! ¿Es que está usted robándome mi coche?

—¡Ha acertado usted!

—¿Mi equipaje también?—preguntó Alfredo.

—¡Soy un matón, y me llevaré todo lo que quiera!

—Pero el coche no se lo podrá llevar si no tiene la llave de contacto—repuso el ingenuo novio.

Smith comprobó que, en efecto, la llave en cuestión no estaba en su sitio. Ni corto ni perezoso, con su ademán de hombre terrible, demandó:

—Claro que no. Pero usted me la entregará ahora mismo. No puedo perder tiempo.

—¿Y si me niego a ello?

—Usted no se negará. De otro modo...

—¿Que? ¿Me iba a matar usted?—preguntó Alfredo con marcado interés, no exento de cierto temor.

—No lo crea. Me bastaría con colgarle de un árbol, pero no lo haré porque no me gustan las escenas violentas... y menos delante de una señorita.

—¡Le advierto que a mí me gustan mucho las emociones fuertes!—terció diciendo la joven Dora.

Su marido se creyó con derecho a intervenir, aclarando las cosas.

—¡Le presento a mi esposa!

—¡No me presentes, Alfredo, que puedo que ya tenga la suya! — exclamó, coqueta, Dora.

—Estamos pasando ahora nuestra luna de miel— aclaró Alfredo.

—Sí, una miel riquísima—ratificó Dora.

—¡Bueno, pues con luna o sin luna de miel, me llevo su coche!

—dijo enérgicamente a la vez que intentaba poner éste en marcha.

—¿Y entonces qué vamos a hacer nosotros?—preguntó Dora—.

¿Es que tendremos que seguir marchando a pie?

—No se preocupe usted—repuso Smith, sin distraerse de sus preparativos para poner en marcha el rebelde coche—. Cuando se está en plena luna de miel, la noche en el campo es deliciosa.

—¿Es usted casado?—siguió preguntando Dora, ingenuamente.

—Sí. Yo también estoy en mi luna de miel—contestó Smith, furioso al ver que el motor no funcionaba como habría sido su deseo.

LA FUGA DE LA CARCEL

FRENTE a la cárcel donde estaba encerrada October, paró un hermoso coche, y de él saltó, ataviado lujosamente, Smith, el cual entró en el edificio, dirigiéndose al sargento, que en aquel momento estaba leyendo el periódico con la guerrera desabrochada y un cigarro puro en la boca.

—¿Qué quiere usted?—preguntó el sargento.

Por toda contestación le dijo Smith, adoptando un aire de superioridad:

—¡Un poco de respeto ante todo! ¡Y póngase de pie cuando le hable!

—Oiga, que yo... —balbuceó el sargento obedeciendo al ver la actitud del recién llegado.

—¡Cálllese la boca! ¡Abróchese

la guerrera! ¡Tire ese cigarro! ¡En posición de firmes!

—Mire, señor, que... —decía trémulo el sargento.

—No quiero escuchar ninguna excusa. Se luce si el gobernador llega a venir conmigo. Está muy descontento de la actuación de usted... y más con el caso de October Jones.

—¿October Jones?

—¡Sí!

—¿La que se casó con el vagabundo?

—¡Sí!

—Pero si la tenemos aquí detenida—exclamó triunfalmente el sargento.

—Sin derecho alguno —exclamó Smith, que se hacía pasar por un enviado del gobernador—. Ya lo sé, y por orden de ese personaje que

se hace llamar J. P. Wasser... Pero cuando el gobernador llegue a hablar con la señora Jones, será ese Wasser el que vendrá a parar aquí ¡Traiga a la detenida!

—Sí, señor — dijo humildemente el sargento a la vez que se dirigía al interior para cumplimentar la orden que se le acababa de dar.

—Y no olvide que al gobernador no le gusta que le hagan esperar.

—Sí, señor; voy corriendo. Estaré de vuelta dentro de un minuto.

Y se internó en el interior de la cárcel, y al llegar al aposento que ocupaba October, le dijo:

—El gobernador desea verla, señorita.

—¿El gobernador? — preguntó extrañada la muchacha. — ¿Y para qué me quiere a mí el gobernador?

—Nunca me comunica sus deseos.

Al llegar al despacho del sargento, Smith, que había quedado esperando, estaba en aquel momento vuelto de espaldas a la puerta, sentado al borde de la mesa, en actitud de telefonar.

—Aquí la tiene, señor — dijo el sargento.

Y Smith, que, al parecer, no tenía intención de dejarse reconocer por la muchacha, le contestó:

—Llévala al coche.

—Sí, señor. Vamos, vamos.

—Está bien — contestó October, pero no empuje.

Al quedar solo en la habitación, Smith, al ir a mirar por la ventana para cerciorarse de que podía salir sin peligro alguno, se dió cuenta de que por allí rondaban los dos compinches que le perseguían, y dirigiéndose rápidamente al cajón de la mesa del sargento, sacó de ella una pistola que había, pero que estaba descargada, y con ella se dispuso a salir. Al llegar a las celdas, se encontró con que el carcelero estaba sentado al lado de una mesita encima de la cual habían varias botellas vacías, y él dormía sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

—Esto me faltaba — exclamó Smith.

Y le sacó con toda precaución la llave de una de las celdas.

Al ir a cruzar un pasillo, se encontró casi frente a los dos maleantes, que estaban encendiendo un cigarrillo, y apuntándoles con la pistola que llevaba, les dijo:

—¡Manos arriba!

—¡Es Quigley! — exclamó Barbarroja reconociendo en él a su perseguido.

—Ha acertado — dijo Quigley mientras les desarmaba, apoderándose de la pistola de Barbarroja y

cambiándola rápidamente con la que él llevaba.

—La mía estaba descargada —aclaró—; ahora métanse ahí dentro—les ordenó señalándoles una celda—. ¡Vamos!

—¿Es que nos quiere encerrar? —le preguntaron.

—Los tiros le despertarian—dijo Quigley señalando al carcelero—. Pasen ahí dentro, sin replicar. Cuando me haya marchado, pueden pedir a gritos lo que quieran, menos salir de aquí.

Y al decir esto, cerró con llave la puerta de la celda y se ausentó a toda prisa, mientras los dos pistoleros llamaban a gritos al vigilante, el cual, como estaba completamente ebrio, no les oía.

Al llegar Quigley donde estaba su coche, en el que ya estaba montada October esperando su llegada. Y al mismo tiempo que ponía el coche en marcha, le dijo al sargento:

—Muy bien, sargento, gracias.

—No hay de qué—contestó éste—. Salude en mi nombre al señor gobernador.

—¡Ah, sí, el gobernador! No me extrañará que dentro de poco le envíe a buscar para charlar con usted un ratito—le dijo Quigley en son de burla.

—¡Djalá, señor!

Y se puso el coche en marcha, saliendo a toda velocidad, erifilando la carretera que se dirige hacia el Canadá.

October, para entrar en conversación, le preguntó a su marido:

—¿Sabe dónde veranea el gobernador este año, señor?

—Supongo que será en la capital—le contestó Quigley.

—Pero es que la capital está en dirección contraria.

—¿De veras? —dijo riendo—. Pues se habrá marchado a sitio mejor. Los asuntos del gobernador no me interesan para nada.

—Entonces, hablemos de los nuestros, señor Quigley —dijo October.

Perplejo Quigley de que October supiera su nombre, exclamó:

—¿Conque sabe que soy Quigley? ¡Qué lista se ha vuelto!

—Y usted qué tonto al permitir que su esposa me lo explicara todo.

—¿Esposa? —preguntó extrañado Quigley.

—Acabo de hablar con la señora Quigley, y me ha dicho que no sólo su marido es un bigamo, sino también un criminal.

—¿Usted no creerá eso? —preguntó Quigley.

—Teniendo en cuenta que usted no es mi marido —dijo la muchacha—.

cha—, no me importa; de todos modos, yo prometí conservar esto, y ahora que se lo entrego, puede usted marcharse a ocuparse de sus negocios y yo volveré a Cedar Ridge.

Y al decir esto, hizo ademán de querer salir del coche, pero Quigley la detuvo, exclamando:

—¡October!

—¡Regrese con su mujer y no moleste a otras chicas en la carretera!

—Déjeme que le explique el caso, que, aunque no me crea, es gracioso.

—¡No se moleste usted!—exclamó la muchacha llorosa—; ya me hizo mucha gracia.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No lloro; es que sudo mucho—se justificó October.

—¡Oh, qué chiquilla!

Y la muchacha, haciendo ademán de marcharse, se despidió diciendo:

—¡Adiós, gracias! ¡Y ojalá que su mujer se ahogue!

—¡Pues yo no lo deseo!—exclamó Quigley reteniendo a la muchacha—La iba a echar mucho de menos. No tengo a nadie más que a usted. ¡Se lo juro, October!

—Pero tiene un anillo con su mismo escudo—portó terca la muchacha—y... y otro de boda.

—Esto es un lío de Elfrida—aclaró Quigley, que, por las palabras de la chica, comprendió de dónde había salido todo el enredo.

—¿Quién es esa?

—La prima de quien le hablé en una ocasión. Tiene otro anillo igual al mío. En cuanto al de boda, es un recuerdo que le dejó su esposo, que murió pobre, por ser demasiado bueno con ella.

—Entonces, ¿no está usted de verdad casado?—preguntó alegremente la muchacha.

—¡Claro que sí!—exclamó Quigley—con usted! ¿Le disgusta mucho?

—Bueno—exclamó la muchacha haciéndose un lío—, cuando una se casa con un vagabundo y deja de ser señora y luego resulta que el mendigo es un señor de título nobiliario, la flamante gran señora queda defraudada.

—La verdad, no me importa el título—le dijo Quigley—, pero esto le costó a mi padre tanto dinero, que sería una lástima que yo no le sacara todo el jugo que se pueda. ¡Ahora hemos de parar!

—¿Por qué?

—¡Un pinchazo!

—¿Sabe cambiar ruedas?—preguntó Quigley a October.

—No.

—Tendré que hacerlo yo—acaré Quigley—. ¿Dónde guardan el gato?

—¡No lo sé. ¡Como no es mío el coche!

—Entonces tendré que averiguarlo! ¡Ah, ya sé! —exclamó de pronto recordando.

—¿Dónde está?

—¡Ahí detrás!

—¿El gato?

—No. Los dueños del vehículo —acaré Quigley señalando hacia los dos asientos traseros del coche, que estaban cerrados y no se veía señal de que allí hubiera nadie.

—Pero, ¿de verdad están metidos ahí? —preguntó extrañada October.

—Pues claro! ¡Era mejor traerles con nosotros que dejarles allí para que dieran parte del robo!

—Pero ahí no hay espacio suficiente.

—Necesitan poco espacio. Son recién casados.

—Vaya un lugar a propósito para pasar la luna de miel: en la trasera —exclamó la muchacha extrañada.

—Pues les voy a empañar la luna, porque necesito el gato —dijo jovial Quigley mientras levantaba la tapa, oyéndose en aquel momento una voz que salía del interior diciendo:

—¡No moleste!

—¡Oiga, soy el joven que les robó el coche!

—¡Ah, entonces abra usted! —le respondieron desde dentro.

Y al levantar la tapa, asomó Alfredo la cabeza, preguntando:

—¿Ocurrirá algo?

—Nada absolutamente —contestó Quigley.

Y dándose cuenta de que los de dentro no conocían a October, hizo las presentaciones:

—Señor Alfredo Thompson, mi esposa.

—Tanto gusto, señor Thompson —dijo October.

—El gusto es mío. Ahora quiero presentar a mi esposa.

Y dijo, señalando hacia su lado, donde atababa de asomar el busto de Dora:

—Esta señora es la esposa del señor Ladrón.

—¡Oh, perdonen ustedes la facha con que salgo! —exclamó con coquetería Dora.

—No necesita disculparse —replicó October—. Fijese en mí. A las pocas horas de la boda me metieron en la cárcel y no he podido cambiar de traje.

—Ahora lo comprendo todo —exclamó Dora—. Es el vestido de boda.

—No; es el atavío para emprender la fuga.

—¡Oh, qué emocionante! — exclamó Dora—. Es simpatiquísima.

—Gracias—respondió Quigley—. ¿Está el gato ahí dentro?

—No. Sólo está Alfredo—contestó Dora, que se figuró que preguntaban por algún felino.

Y Alfredo, que en seguida entendió a lo que se referían, le explicó que el gato es un aparato que llevan todos los coches; y dirigiéndose a Quigley, dijo:

—Sí; creo que lo toco con los pies. Aquí está—dijo agachándose para recogerlo.

—Agradezco su bondad — los aclaró Quigley—. Me parece que se ha pinchado un neumático y siento tener que molestarles.

—Usted nunca molesta — dijo Dora amablemente.

—Señora, ¿sería tan amable que le prestara a mi esposa un vestido? — preguntó Quigley a Dora.

—Con mil amores. Alfredo, dame la maleta; ¿quieres, monín? Aunque no será tan original—exclamó Dora mirando el atavío de October, que era muy lindo.

—Sí, no está mal del todo.

—Lamentamos mucho interrumpir de este modo su luna de miel — se justificó Quigley.

Pero la pareja, que le parecía estar pasando una aventura superior,

no parecía preocupada lo más mínimo, exclamando Dora:

—No piense en eso siquiera. Ni las cataratas del Niágara me han parecido tan maravillosas como este caso.

—Al fin y al cabo, son un salto de agua como cualquier otro—especificó October.

Mientras las dos mujeres se dirigían a un lugar apartado con el fin de que October cambiara de traje, sostenían el siguiente diálogo lleno de galanterías:

—Crea usted que me apena reducir su *etrenaux*.

—No se preocupe de tal cosa. Tengo tres equipos. Mi Alfredo me dejó dos veces plantada.

—Estoy segura de que aquí encontrará todo cuanto necesito para vestirse—le dijo Dora a su compañera, pero al abrir la maleta y sacar un traje de caballero, October exclamó:

—Gracias... Pero no puedo consentir que su esposo se quede sin esto.

—¡Oh, aquí sucede algo anormal!—exclamó Dora—. ¿Qué cree usted que puede haber ocurrido?

—Pues que nos hemos equivocado de maleta.

Y cogiendo la maleta, retrocedieron con el fin de cambiarla, ayu-

dándose a llevarla mutuamente, y mientras las dos mujeres iban hacia el coche, los dos hombres intentaban cambiar la rueda, quitándose el trabajo el uno de manos del otro.

—No se ensucie; permítame que yo lo haga—le decía Alfredo a Quigley, a lo que éste respondía:

—Pero no se moleste.

—No, no. Si no es molestia, No faltaba más.

Y como el traje que Quigley llevaba puesto pertenecía, como es natural, a Alfredo, éste le pidió un pitillo, haciéndole presente que los encontraría en el bolsillo de atrás del pantalón. En éstas llegaron las mujeres para cambiar de maleta, exclamando Dora:

—¡Alfredo, escucha!

—¿Qué te pasa?

—Su esposa dice que ésta no es la maleta que necesita—aclaró October.

—¿Lamento mucho la equivocación!—se justificó Alfredo, y dirigiéndose a su mujer—: Pero, ¿por qué le has dado esta maleta?

—¿No te acuerdas que se la diste tú mismo?—replicó Dora—. Mucho te quiero, Alfredín, pero me disgusta que me contradigas de esta manera!

—¿No conoces tus cosas? ¿No sabes que la mía es la verde? Cielo

mío, eres muy linda, pero tienes los ojos en el cogote. ¡Mírala!

Y le mostró la otra maleta.

—¡Oh, sí, ésta es, claro!

—Aquí la tiene—dijo Alfredo dando la maleta a October.

—¡Oh, muchísimas gracias! Ahora no habrá duda, ¿verdad?—inquirió la muchacha.

—Sí; ésta creo que es mi maleta. ¿No es así, Alfredo?—preguntó Dora dirigiéndose a su marido.

—Sí.

—Ya lo sabía, y no hace ninguna falta que me lo digas, tonto.

Mientras las muchachas se alejaban nuevamente, Quigley intentaba cerrar la otra maleta, y acercándosele, Alfredo le dijo:

—Estos cierres los entiendo yo solo. No se esfuerce. Aunque a veces son rebeldes—rectificó Alfredo al ver que se resistían a dejarse cerrar.

—Usted debe ser hombre práctico, ¿verdad?—le preguntó Quigley a Alfredo.

—Sí, señor; ya lo creo, soy muy práctico.

—¿Tiene el coche y las ropas asegurados?

—No lo sé—contestó Alfredo—, pero si algo les ocurre a ustedes, yo pagaré con gusto lo que sea.

—Es usted muy amable, pero le

va a costar mucho dinero el ser robado.

—Mire usted, señor—dijo Alfredo—: yo tengo tanto dinero, que si quiero puedo empedrar una ciudad con monedas de plata. Mi padre, al fallecer, me dejó una cuantiosa fortuna y el mejor negocio de cerdos que hay en Pensylvania.

—Pues yo celebro su suerte—dijo Quigley—, pero insisto en que quiero a toda costa pagarle lo que me lleve.

—Por favor, no lo haga—replicó Alfredo—. Me obligaría a tener que pagar más impuestos al Estado.

—Lo siento, amigo; pero yo no puedo robarle sin pagar lo que es debido.

—Pues escuche—dijo enérgicamente Alfredo—: o usted me roba gratis o no consentiré que me robe.

Y mientras los dos muchachos sostenían el precedente diálogo, sus respectivas esposas se apresuraban en escoger el vestido que había de ponerse October.

—Yo me compré éste—decía Dora mostrando un precioso vestido—y Alfredo eligió este otro.

Entonces, October, divisando uno que era de su agrado, le dijo:

—Yo me quedare éste: si a usted no le molesta.

—¡Oh, sí, éste es una preciosi-

dad y tengo un sombrero que hace juego con él—dijo Dora al mismo tiempo que le ponía un precioso sombrero en la cabeza.

—¡Oh, es estupendo!

—Esto no será de sarga, ¿verdad?—preguntó October—, porque la sarga me da picor en la piel.

—No. Yo tampoco he podido soportar nunca esas telas burdas—contestó su compañera.

Y ya completamente ataviada October, las dos muchachas se dirigieron donde estaban sus maridos, quienes, al verlas llegar, exclamaron:

—Espléndida—dijo Quigley.

—Está usted preciosísima, señora de don Ladrón. ¿No lo crees tú así?—preguntó Alfredo dirigiéndose a su mujer.

—¡Pues sí!

—Hay que rendirse ante la evidencia.

October dió las gracias, y dirigiéndose a su marido, le dijo:

—¿Nos marchamos ya, querido?

—¡Oh, sí, claro!—respondió Quigley—: ustedes nos perdonarán por marchar tan de prisa.

—Comprendan que la policía—corroboró October.

—Lo comprendemos con claridad—dijo Dora mientras su marido les arreglaba el equipaje.

—Buena, adiós.

—Adiós.

—Vayan a vernos algún día—dijo October.

—¡Oh, con mucho gusto!—respondió Dora.

—Adiós, señora de don Ladrón—se despedía Alfredo.

Y mientras los cuatro estaban despidiéndose, paró un coche al lado de ellos, descendiendo del mismo unos guardias, que se acercaron al grupo y les preguntaron si algo anormal sucedía, a lo que ellos contestaron:

—No; nada en absoluto, señores guardias.

—¿Nos estamos divirtiendo en el campo!

—Aguarden un momento, ¿Han visto ustedes andando por aquí a un vagabundo?—les preguntaron los guardias.

—No se ha visto a nadie por aquí—contestó October.

—No podíamos ver nada desde donde estábamos, ¿verdad?—contestó Alfredo dirigiéndose a sus compañeros.

—No—contestaron todos a una.

—Estamos pasando la luna de miel.

—¿Todos?—preguntaron los guardias extrañados.

—No; sólo éste y yo somos los de la miel—aclaró Dora.

—El hombre que buscamos es un sujeto de cuidado que se esconde por esos bosques. Tiene un tipo como el suyo—dijo uno de los guardias dirigiéndose a Quigley.

—No es nada tranquilizador el saber que anda por ahí, ¿no es cierto?—preguntó Alfredo.

—¡Oh, claro!—dijo Dora, y la emprendió con los guardias con el fin de contarles de qué manera se habían conocido, lo que hizo que todos temblaran y procuraran desvirtuar sus palabras—. Oiga usted, nosotros nos hemos conocido de una forma muy curiosa. Resulta que Alfredo y yo íbamos viajando cuando un hombre...

—Un hombre nos tiró un zapato viejo, que por poco nos rompe las narices—intervino October para cortar la conversación.

—Yo me refería a lo del coche—insistía Dora.

—¿Qué era lo del coche?—preguntó el policía.

—Ella se refiere a lo del coche—dijo Quigley todo confuso, sin saber cómo salir del atolladero.

—Bueno, explíquemelo—dijo el policía.

Y entonces, Quigley, sin dejarla hablar, dijo:

—Que a causa de un pinchozo cambiamos la rueda.

—¿Y eso es todo?—preguntó el policía, y volviendo a lo suyo:—Ese hombre que andamos buscando...

Pero Dora quería a toda costa contar lo que pasó con el coche, y dirigiéndose al policía, exclamó:

—Escuche usted, agente; yo quería contarle a usted lo que pasó.

Entonces, viendo Alfredo que su mujer no entendía por más señas que se le hacían, intervino diciendo:

—No; yo se lo contaré.

Y la mujer, tercamente, insistía, y dirigiéndose al policía, dijo:

—Es que quería contarle lo que nos pasó a Alfredo y a mí en el día primero de nuestra boda.

—Señora, que soy menor de edad!—le contestó el policía.—Vamos, Fred—dijo dirigiéndose a su compañero, el cual fijándose en Quigley, le requirió para que le mostrara los papeles de conductor.

Alfredo, al ver que Quigley se quedaba perplejo, intervino inmediatamente, diciéndole:

—Lo hallará usted en el bolsillo de la derecha.

—¡No sé lo que haría sin él!—exclamó Quigley para disimular, al mismo tiempo que mostraba el documento requerido.

—Gracias, está muy bien—dijo el policía después de comprobar-

lo—. Les aconsejo que se vayan de aquí, que ese individuo es muy peligroso. ¡Estén alerta siempre!

Una vez se hubieron marchado los policías, dijo Quigley:

—Nos ha hecho usted un gran favor.

—No sé cómo he podido aguantarme tanto tiempo—dijo Alfredo.—¿De quién es el coche robado, de ellos o mío? Esto es una pregunta lógica, ¿no?

—¿Y qué importancia tiene un coche y unas ropas?—intervino October.

—Eso no vale nada—dijo Dora—, pero, Alfredo, te agradecería que no me interrumpieras cuando estoy hablando. A una mujer se le debe permitir que sea la primera en hablar.

—Sí, cielo mío; pero sin molestar al prójimo.

—No creo molestarles dejándolos solos—les dijo Quigley.

—¡Oh, no!; Alfredo se ha vuelto más valiente al lado de usted.

—Vengan algún día a vernos; tomarán el té con nosotros; ya averiguaré en la cárcel el día de visita y se lo diré a ustedes.

—¡Bueno, adiós, señor Thompson! ¡Mucho gusto en conocerle!

—El placer ha sido nuestro.

Y al mismo tiempo que arranca-

ba el coche, le entregó a Alfredo una tarjeta, diciéndole:

—En esta dirección le darán razón de mí. ¡Hasta la vista, señores!

Y el coche partió veloz carretera adelante.

Los dos esposos se quedaron contemplando la tarjeta, que decía:

Conde Quigley Kinnerton. Norfolk Island.

—¡Ay, Alfredo, hemos sido robados por todo un conde!

Y quedaron en medio de la carretera saboreando la emoción que les produjo el saberse robados por tan distinguido señor.

HACIA LA FRONTERA

MIENTRAS estos acontecimientos se sucedían en mitad de la carretera, Elfreda esperaba en la habitación de su hotel la llegada de los dos pistoleros, exclamando al verlos llegar:

—Me parece haberles dicho que vigilaran la cárcel!

—Quigley sacó una pistola, nos metió en una celda y se escapó con la dama—le explicó Lenny.

—¿Cuándo?—preguntó la dama.

—Hará cuestión de una hora.

Cogiendo el teléfono, se puso en comunicación con el conserje con el fin de que avisaran a su chofer que debían partir y pidiendo la cuenta, y dirigiéndose a los dos compinches, les dijo:

—Es muy grande el error que han

cometido ustedes. Esto puede costarme caro. Si ocurriera así, les aseguro que mi equivocación al confiar en ustedes la enmendaría... Una ocasión les queda para corregir su error. Sé que se dirigen a Pennington (Canadá). ¡No deben llegar a la frontera! Hay dos caminos: yo iré por el del Este; ustedes vayan por el Oeste, y recuerden que siempre es preferible morir estrellados que llegar tarde allí.

Y Lenny, al mismo tiempo que salía, le dijo:

—¡Le diré dónde ha de mandar la corona de flores!

Y mientras tanto, por la carretera, el coche conducido por Quigley marchaba a toda velocidad, por lo que October exclamó:

—¡Vamos corriendo hace hora! ¿No podemos parar?

—Aun no. Debo llegar a Pennington antes que Elfreda. Anímese. De momento le llevamos bastante delantera y la ganaremos si logramos pasar la frontera canadiense, pero usted ha de ayudarme.

—Lo haré—prometió la muchacha.

Por otra carretera paralela avanzaba el coche que conducían Lenny y su compañero, los cuales sostenían el siguiente diálogo:

—Estoy impaciente—decía Lenny—, ese Quigley va a ser mi víctima favorita.

—¿Tu víctima?—dijo su compañero—, ¡Oye, que yo no vengo aquí de adorno! Mete el acelerador.

Al acercarse a la frontera, October, inquieta, le preguntó a su marido:

—¿Qué va a pasar en la frontera al pedir los papeles del coche?

Y su marido, sacando unos papeles, se los dio para que repasara a ver si todo estaba en orden.

—¿Todo está aquí, señor Thompson? Carnet de conductor, documentos de propiedad; todo en regla.

—Ya ves que no podemos tener tropiezos.

Y al divisar un puesto de policía, October le dijo a su marido:

—Esta es la estación fronteriza

americana. ¿Qué suerte nos aguardará ahora? ¿Dejan estar a los esposos juntos en la cárcel?

—Estoy presintiendo que pronto nos lo dirán—le contestó Quigley a su mujer al tiempo que paraba el coche y se le acercaba un policía a fin de cumplimentar los requisitos que marca la Ley.

—¿Adónde se dirigen?

—Al Canadá.

—¿Para qué?

—Para disfrutar del panorama—contestaron los dos esposos.

—Por lo visto les gusta más aquí que éste. ¡A ver, documentos!

—Tenga.

Y dándoles un vistazo, se los devolvió, diciéndoles que todo estaba en orden, dejando al coche en libertad de marcharse, y al mismo tiempo se le acercó un subalterno, que le dijo que le llamaban por teléfono, que se trataba de un asunto importante, según había dicho la señora que llamaba, la cual no era otra que Elfreda, que, presintiendo que llegaría tarde, hizo parar su coche ante el primer puesto de teléfono que encontró y avisó al puesto de policía de la llegada del automóvil con sus dos ocupantes.

Al llegar Quigley al segundo puesto, oyó cómo los policías decían que acababan de recibir aviso de que se dirigía hacia la frontera un tal Qui-

gley; pero que no poselan más detalles, los cuales esperaban se los dieran de un momento a otro por teléfono; por lo que, entrando en la oficina, le dijo a su mujer:

—Tú agarra el teléfono; algo inventaré para salir airosos de esta situación.

Y el policía, leyendo la documentación, dijo:

—Alfredo H. Thompson.

—Y esposa—corroboró Quigley.

—¿De dónde son ustedes?

—De Luisberg (Pensylvania). ¿No conoce los jamones Thompson? —exclamó Quigley—. La parte más substancial del cerdo es el jamón, y los mios...

—Oiga —le interrumpió el policía—, ¿me está usted haciendo el artículo? ¿Adónde van?

—A Pennington (Canadá).

—¿No posee más documentos? —preguntó el policía.

—Ni siquiera un jamón—contestó Quigley, y dirigiéndose a su mujer—: Como tu madre quedó en casa

—¿A qué viene nombrarla?—respondió agresiva October.

—Porque tu madre es un jamón, pero de la clase más mala.

—¡Bruto!—le contestó su mujer al tiempo que le daba una bofetada, la cual fué contestada por su marido, produciéndose el consi-

guiente altercado, que era precisamente lo que pretendían los dos esposos.

—Oiga, ¿qué es eso?

—¿Que me ha pegado! —exclamó October.

—Usted no puede hacer eso aquí —le reprendió el policía.

—¡Ah, no puede!, pues me pega donde quiere, sin pizca de respeto ni consideración; es un mal hombre con quien yo no debiera haberme casado—dijo October haciendo ademán de coger el teléfono; pero el policía, que estaba esperando la llamada del otro puesto, con los datos que esperaban, quería evitarlo, y October, haciéndose la distraída, lo cogió, exclamando:

—Te odio. Sí, te odio.

—Oiga, póngame con Luisberg, número 120.

Y el oficial intentaba hacerla desistir de usar el aparato, exclamando:

—Oiga, señora, deje este aparato, que no tenemos otra línea y esperamos un mensaje urgente.

Y mientras ella hacía como que hablaba con su mamá, del otro lado del aparato el oficial se quedó perplejo al ir a dar el informe y oyó una voz de mujer que se exclamaba llorosa; y al mismo tiempo, Quigley, siguiendo la súplica del policía, que

le decía la hiciera desistir de telefonar, le decía:

—¿Quieres no ser grosera y dejar ese aparato en su sitio?

Pero ella no hacía caso y seguía con sus lamentaciones, por lo que el oficial del otro puesto exclamó:

—¿Me han puesto en comunicación con el manicomio?

Ella seguía en sus lamentaciones.

—Me ha pegado, mamá, y me ha hecho sangre. Quiero regresar a casa. No me guardes rencor, mamá.

—¡Tenga! Y si no quiere nada de mí, deme mis papeles, que me marchó—. ¡Ahí se la dejó! Se la regaló para su cumpleaños.

—Mi cumpleaños ya ha pasado —le dijo el oficial—. Llévase la de aquí.

—Gracias —dijo Quigley al mismo tiempo que recogía sus papeles y dirigiéndose a su mujer—: Adiós, torbellino.

—¡Oh, y se va!—exclamó ella al ver que su marido salía.

—Sí, se ha ido—exclamó el policía.

—Vuelva, vuelva, Alfredo.

Y simulando una gran excitación

nerviosa, soltó el teléfono al suelo y salió en pos de su marido. Los guardias, pensando divertirse un rato con el teléfono esperando que la mamá estaría todavía al habla, dijeron:

—Oiga, mamá. ¡Su hijita del alma la ha dejado plantada!

Pero quien estaba escuchando no era otro que el asombrado oficial, que aun le quedó mucho más al oír la voz de los policías, a los que dijo:

—Pero, ¿qué es esto? ¿Se han vuelto ustedes locos?

Y les dio las instrucciones para la persecución del coche, por lo que salieron tres policías en un coche oficial inmediatamente detrás del de la pareja que se les acababa de escapar. Al llegar cerca donde hablaban unas curvas, los policías esperaban atraparlos por tener ellos que aminorar la marcha.

October, que vigilaba, exclamó al ver que el auto de los policías ganaba terreno:

—¡Se van acercando!

—Se me ocurre una idea —dijo su marido.

—Si tienes una idea, no dejes de ponerla en práctica.

FALSO ACCIDENTE

LA idea que Quigley concibió fué que al llegar a la curva su mujer saltó del coche y él entonces lo desvió hacia la cuneta, dándole al volante y dejándole libre, con lo que consiguió rodara montaña abajo a fin de despistar a los policías, los cuales creyeron se habían estrellado, y al llegar al lugar del siniestro, se apearon y se dispusieron a salvar a los siniestrados, pero cuál no sería su sorpresa al oír que el coche que ellos habían dejado parado se ponía en marcha y salía a toda velocidad conducido por los que creían que estaban debajo del coche volcado.

October le preguntó entonces á su marido que adónde iban, a lo que éste respondió:

—A visitar a Gregorio. En Ottawa tengo amigos.

Y mirando el coche, que llevaba las insignias de servicio oficial, añadió:

—Creo que nos harán un recibimiento oficial.

Al llegar al lugar donde se dirigían y viendo que el coche de Alfredo no estaba allí parado, dejaron el suyo un poco apartado para no llamar la atención de ésta si llegaba después que ellos, y se dirigieron hacia la morada del llamado Gregorio Andrés.

Les salió a abrir el ama de llaves, la cual, al informarse de que los visitantes se llamaban Quigley, les dijo:

—Quigley. Son muchas las veces que he oído hablar a don Gregorio

de un viejo llamado así. La otra noche contaba las trampas que hacía en el juego.

—Ese de las trampas era mi abuelo—le contestó Quigley.

El ama de llaves les invitó a pasar a la biblioteca, por estar allí el señor Andrés, disculpándose de no acompañarles, a causa de tener que ir a la cocina a vigilar el té que había dejado puesto a hervir y que el señor tomaba para su hígado, por lo que Quigley le indicó que no se conocían, pero el ama de llaves exclamó:

—¡Ah, eso no le inquieta! ¡Estará más conibido él que ustedes!

Al llamar los esposos a la puerta de la biblioteca para pedir permiso para entrar, don Gregorio les contestó con energía creyendo que la que llamaba era el ama de llaves.

—¡No llámes tanto! Entra de una voz y dime qué tripa se te ha roto.

Pero al ver que en lugar del ama de llaves quien entraba era la pareja, se levantó solícito y se hicieron las presentaciones, explicándole Quigley:

—Yo soy Elliot Quigley, señor; nieto de Charles Quigley.

A lo que el viejo contestó:

—Sí, sí; estaba esperándole a usted y también a su esposa—añadió

dirigiéndose a la muchacha, lo que hizo exclamar a los jóvenes extrañados de que supiera iban a visitarle, cosa que no le habían anunciado.

—¿Que estaba esperando?

—¡Ah, yo tengo por confidentes a los pajaritos! son buenos mensajeros.

Y mirando a October, exclamó riéndose:

—Eres un chico de suerte. Es encantadora. Han creído ustedes sorprenderme, pero la sorpresa la he dado yo. Mejor será que se sienten y tomen unas copitas de Oporto, del legítimo Oporto—dijo mientras les escanciaba el precioso vino, y levantando su copa, les sorprendió exclamando: ¡Brindemos por Elfreda!

—¿Ha estado por aquí?—preguntaron los esposos.

—Sí; acaba de marcharse.

—¿No le habrá entregado usted su parte del legado?—le preguntó Quigley.

—Yo tengo la de ella—le contestó Gregorio—, me la ha vendido; es muy astuta Elfreda; consigue siempre lo que se propone y, generalmente, lo que busca es dinero.

—¿De veras tiene usted las partes que faltan?—exclamó Elliot.

—Mi enhorabuena por su habili-

dad. Usted ha conseguido fácilmente lo que yo no he llegado a lograr ni exponiendo mi vida ni la de la señora Quigley.

—¿Cómo lo ha conseguido usted? —preguntó October.

—Afortunadamente, pude convencerla que el trozo mío del legado fué destruido por un incendio. Claro que en justa compensación tuve que entregarle un cheque. El asunto me salió de maravilla—exclamó satisfecho el viejo.

—Ojalá nos hubiera sido tan fácil llegar aquí —suspiró October acordándose de la odisea que ha-

bían pasado para llegar a aquel lugar.

—Bien, deme esos papeles y los guardaré en un sobre lacrado para evitar riesgos—intervino el viejo dirigiéndose a Elliot, que comprobaba si, efectivamente, los tres documentos correspondían entre sí.

—Tome, puede hacerlo porque ya estoy más que harto de ellos—suspiró Quigley al tiempo que le entregaba a Gregorio los documentos, el cual se levantó y dirigiéndose a la mesa con el fin de guardarlos en un sobre, lo que hizo, lacrándolo luego.

EL ASTUTO VIEJO

MIENTRAS en el interior de la biblioteca tenía lugar la escena que acabamos de narrar, en el jardín, y amparados entre unos follajes, se encontraban los dos pistoleros observando lo que ocurría en el interior de la habitación mientras esperaban que Elfreda les diera la señal que habían convenido para deslizarse en el interior y actuar según las circunstancias; pero viendo que la señal tardaba, Lenny exclamó impaciente:

—Empiezo a inquietarme; la jefa dijo categóricamente que nos daría la señal.

—Aguarda y ya verás si lo cumple—le contestó convencido su compañero.

Pero viendo Barbarroja los pape-

les en poder del viejo y con el miedo de que fuera a darles el cambazo, se disponía a emprenderla a tiros con él, pero Lenny intervino, diciéndole:

—Nada de tiros; eso es avisar a la policía.

Dejemos a los compinches en su espera y volvamos al interior de la biblioteca en el momento en que el viejo se disponía a entregar el sobre lacrado a Elliot, diciendo:

—Aquí tiene usted, Elliot. Éste es el fin de nuestras penas.

En aquel momento se oyó un grito estridente que llamó la atención de los dos jóvenes, que preguntaron alarmados:

—¿Qué ha sido?

—¿Se han asustado ustedes?—les preguntó el viejo.

—Son los pavos; los corcos no les dejan en paz. Los pavos reales son muy bonitos, pero por la noche no dejan descansar.

—Aquí tiene usted—añadió al tiempo que le alargaba el sobre.

Pero al irlo a coger Quigley, entró por la ventana un puñal que dio en la espalda al viejo, sin causarle gran daño, y en el interior de la casa resonó nuevamente el grito de angustia, pero esta vez pudieron comprobar claramente que se trataba del ama de llaves.

—Es la criada—dijo October.

—¿Los pavos decía usted?—le preguntó Quigley a Gregorio en son de amenaza.

—¿Qué pasará?

—Ven conmigo—le dijo Quigley a su mujer.

Viendo el viejo que se disponían a salir para averiguar qué es lo que sucedía en el exterior de la casa, insistió diciendo:

—No se molesten; son los pavos, son los pavos.

Al abrir los dos muchachos la puerta, se oyó claramente la voz de la criada, que gritaba:

—¡Don Gregorio!

Al llegar al piso superior, se encontraron al ama de llaves inclinada contemplando el cuerpo inanimado de una mujer que se hallaba ten-

dida en el suelo y que resultó ser Elfreda.

—Fíjense ustedes. La he encontrado en el cuarto ropero—les explicó la sirvienta.

—Pero, ¿qué ha pasado?—inquirieron los muchachos.

—Iba a sacar la ropa limpia para las camas pensando que el señor les invitaría a ustedes a pasar aquí la noche. Cuando al abrir la puerta la vi tendida. Ya hace media hora escasamente la había visto tan sana hablando con don Gregorio.

—¿La vio usted salir?—le preguntó Quigley.

—No. La oí despedirse, y no sé cómo ha muerto aquí—contestó la sirvienta, creída en que estaba muerta.

October dio el pañuelo que le encontraron, y pudieron comprobar que había sido dormida con éter, por lo que Elíot le dijo que trajera amoníaco.

Mientras la criada fué por lo que le habían pedido, los dos esposos, asombrados, sostuvieron el siguiente diálogo:

—¿Qué crees que es esto?—preguntó October.

—Pues, al parecer, Gregorio no compró el tercer trozo. Se apoderó de él aplicándole a Elfreda el narcótico.

—Pero si antes ya nos ha dicho que...—dijo October.

—Sí; lo contó a su manera para despistarnos.

—¡Uf! Esto lo habrá ocasionado un trastorno serio. Le estaría bien—dijo la muchacha mirando recelosa a Elfreda.

—Aquí tienen el amoníaco—dijo la criada al volver con él.

—Volverá en sí dentro de un minuto, si le pones a oler el amoníaco—le explicó Quigley a su mujer.

—¿Dónde está el teléfono?—preguntó dirigiéndose a la criada.

—Al final del pasillo—explicó ésta— Yo le acompañaré.

Y salieron hacia el lugar indicado, quedando solas Elfreda y October, que se disponía a reanimar a la primera.

—Con lo que yo esperaba el día de poder socorrer a esta delicada señora—decía October mientras le aplicaba el amoníaco.

Vuelta en sí y mientras los tres se dirigían hacia la biblioteca, Elliot le decía a Elfreda:

—Durmiendo confieso que cautivas.

—El sueño le añadía personalidad—intervino October.

—Sí, aquí me han dormido—dijo Elfreda—. Mía ha sido la culpa. He tratado tanto tiempo con idiotas,

que olvidé que Gregorio podía ser de los de tu clase.

—Si mi lengua tuviera el filo de la tuya, me podría afeitar con ella—le contestó Elliot—. Vamos allá—añadió empujándola para que entrara en la biblioteca.

Pero allí les esperaba a todos una sorpresa. Los dos pistoleros, al ver que el viejo se había quedado solo, se introdujeron en la habitación y, amenazándole con la pistola, se dirigieron hacia él, que, asustado, les preguntó:

—¿Es dinero lo que buscan?

—Cierre la boca. Este documento es lo que buscamos, que por suerte hemos llegado a tiempo—exclamaron al tiempo que le arrebataban de las manos el sobre lacrado, que aun poseía en su poder.

En aquel preciso momento entraba Elfreda precedida de los dos esposos, la cual, al verse salvaguardada por los dos pistoleros, se volvió triunfal a ellos y les obligó, amenazados por las pistolas, a estar quietos mientras ella se apoderaba ávidamente del sobre en cuestión, a la vez que les decía a sus dos compinches:

—Estaba durmiendo un poco mientras llegabais—dijo.

Y dirigiéndose a la pareja, se despidió en los siguientes términos:

—Nos marchamos; adiós, Elliot.

Que seas muy feliz con la tonta de tu mujercita, y como regalo de boda, permíto que te dé un buen consejo: «Nunca se gana una partida hasta que se ha terminado».

En el preciso instante en que iban a salir irrumpieron en la habitación unos policías, preguntando el oficial al entrar:

—No se muevan. ¿El conde Quigley?

—Yo soy—intervino adelantándose Elliot.

—Me tiene a su servicio. Hemos recibido orden de prestarle ayuda si usted la necesita.

—Gracias—les contestó—. Arresten a estos dos hombres y a esta mujer.

Elfreda, que aun conservaba en sus manos el sobre, con el fin de destruirlo, lo tiró en la chimenea, donde ardían unos troncos; pero visto por October, acudió presurosa a sacarlo.

—¿Se ha quemado mucho?—preguntó Elliot.

—Debe estar perfectamente. No es preciso abrirlo—intervino el viejo.

Pero cuál no sería el asombro de todos cuando al abrirlo October se encontraron que dentro del sobre sólo habían unos recortes de sé-cante.

—Don Gregorio necesitaba tam-

bién dinero, según veo—exclamó Elfreda.

—No irán a hacerme ustedes un registro, ¿verdad?—preguntó el viejo.

—No lo haré, si encuentro lo que busco—contestó Elliot al tiempo que lo rebuscaba entre los bolsillos del traje, y sacando triunfal los documentos, exclamó:

—¿Conque era usted un ave de rapaña?

—Me dieron orden de que le ayudara a usted; pero, por lo visto, no es necesario—dijo el policía.

—¡Gracias! ¡He tenido mucha suerte!—contestó Elliot—. Desearía que me tomaran ustedes declaración ahora mismo para que luego no me molesten con los procesos judiciales.

Mientras se tomaba declaración a su marido, October se acercó a uno de los policías, que llevaba un paquete del que salía un olorito que incitaba, y le preguntó:

—¿Qué es eso?

—Mi comida, señora. La orden llegó cuando me disponía a entrar de guardia.

—¿Y qué lleva usted ahí dentro?

—Pues lenguados, pan y mantequilla; un poco de pollo y unos emparedados de ternera—le explicó el policía.

—¡Eso es comer! — exclamó la muchacha.

Y dirigiéndose hacia donde estaba su marido, le preguntó:

—¿Iremos a comer alguna cosa?

—Cuando termine mi declaración.

—¿Y tardarás mucho?

—Una media hora.

—¡Ah! — exclamó desilusionada la muchacha, y cayó desmayada.

Su marido se apresuró a cogerla, y excusándose, le explicó al policía:

—Me la llevo fuera a que tome un poco de aire fresco.

Al pasar por delante donde el policía había dejado disimuladamente el portaviandas, ya que se había dado cuenta del hambre que tenía October, ésta, que había fingido el desmayo, alargó el brazo y se llevó el paquete.

—¡Hola! ¿Fingías? — le dijo su marido al ver que, una vez en el jardín, ella triunfalmente depositaba encima del banco las viandas que iba sacando, y mientras daban buena cuenta de ellas, Elliot le dijo:

—¡Al fin se arregló todo!

—¡Y ya no hemos de divorciarnos!

—Tampoco puedo obligarte a hacerlo—dijo el marido.

—Tú diste un nombre supuesto en la boda.

—Ya lo sé.

—¡Así, pues, no estamos casados!

—¡Exactamente! — aclaró riendo Elliot—. Juguemos a pedir un deseo—propuso Elliot dándole a su mujer el otro extremo del hueso del pollo—. ¡Tú ganas!—dijo Quigley a su mujer al ver que la parte mayor había quedado en manos de su mujer.

—Ya lo sé.

—¡Has de pedir lo que deseas!

—¿De veras?—preguntó mimosa October.

—Sí.

—¡Pues deseo un pedazo de pollo y lenguado! — exclamó burlona mirando a su marido.

—No es eso lo que deseas—intervino Quigley al tiempo que la cogía amorosamente.

FIN

¿Qué le dijo?...

EL EXITO DEL AÑO

Nueva modalidad del chiste, de los célebres

HERMANOS CAPE

Núm. 1.—"Voy sangrando lentamente"

* 2.—El elefante y la pulga

* 3.—Dedicado a los populares clowns
musicales HERMANOS CAPE

* 4.—¿Qué le dijo el cliente al sastre?

* 5.—¿Qué le dijo el niño al barquillero?

* 6.—¡Pum! Mañana, luna nueva.

* 7.—El toro y el torero

¿QUÉ LE CONTESTÓ?

* 8.—El portero y los novios.

Precio

1'50 ptas.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"

APARTADO 707 - BARCELONA

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOPRIU
LUIS MANDARINO (Tangra)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NISA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)
JUANITO VALDERRAMA

EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NISO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 pta.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 pta.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

ORQUESTA ESPAÑA - JAZZ
GOZALBO-LLORENS - MEJICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ARRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA

Pedidos a

Editorial ALAS

Aperibado 707

BARCELONA

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá de casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agua de amor	Gene Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Héctor Fioramonte	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detective y compañera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagi
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
Maria Elena	Paula Wessely
Pecado Jamaica	Charles Leighton
El caso Vane	Clive Brook
Quimera de Hollywood	John Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS SERIE ALFA 2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Bagnon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última anagnosis	Cary Grant
Vacaciones juce Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal suggestion	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
Los dos pillatos	Jacques Teyrol
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El signo de la Cruz	Eliza Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholomew
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Lynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligero	Melvyn Douglas	Antonio Vico	

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	J. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Melodía de arrabal	J. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligero
Martingala	Juan de Orduña
Rápteme usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	Celia Cármez
Tierra y cielo	R. de Sentmenat
Iai-Alai	Maruchi Fresno
¿Quién me compra un lío?	Inés de Val
Alas de paz	Maruja Tomás
	Luis de Valois

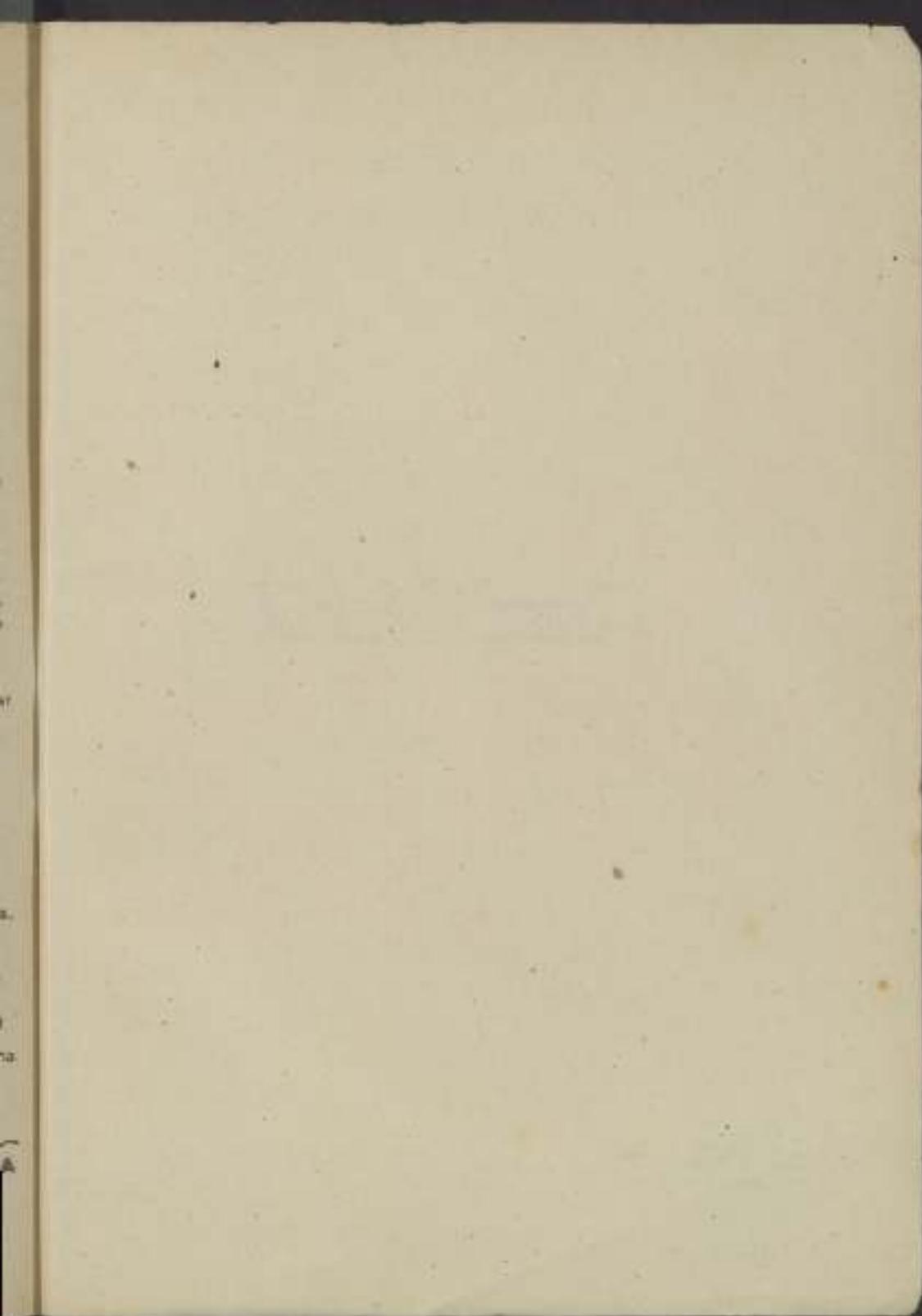
BIBLIOTECA CINE NACIONAL SERIE ALFA 2'50 ptas.

Carmen, la de Triana	J. Argentina
El sobre sacado	L. Gargallo
La Doloresa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Las de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Perenera	Juan Minfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de angelo	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de copina	Gracia de Triana





2⁵⁰ Ptas.

IMPRESA EN EL PERU
VALERIO, 2014 - 10000000